

Los movimientos campesinos contemporáneos en Latinoamérica

ANÍBAL QUIJANO OBREGÓN

0. INTRODUCCIÓN

Entre los elementos que caracterizan el actual proceso de cambio de las sociedades latinoamericanas, uno de los más importantes, por sus repercusiones inmediatas y por sus implicaciones a más largo plazo, es la tendencia del campesinado de algunos países, a diferenciarse y a organizarse como un sector específico de intereses sociales, que se manifiesta en la emergencia de vigorosos movimientos político-sociales, varios de los cuales han logrado alcanzar un nivel considerable de desarrollo y han ejercido una profunda influencia sobre sus respectivas sociedades.

Este fenómeno configura un cuadro nuevo de los conflictos sociales en Latinoamérica, los cuales ingresan, de esa manera, en una nueva fase que se caracteriza ya por su extrema agudización. En la medida en que, en sus niveles desarrollados, estos movimientos campesinos se vinculan, en creciente amplitud, a movimientos políticos e ideológicos de carácter revolucionario, se va produciendo una aceleración violenta del ritmo del proceso de cambio global y, lo que es todavía más significativo, el fortalecimiento de alternativas y soluciones para el problema del cambio de estas sociedades, distintas de la mera “modernización” de las actuales estructuras.

Mientras el campesinado de estos países era una masa dispersa y aislada, atomizada en lealtades localistas, a pesar de sus ocasionales y precarios intentos de rebelión, podía ser movilizado solamente para fines distintos de los suyos y aun en aras de intereses directamente enemigos. En la actualidad, por el contrario, una gran parte del campesinado parece estar desarrollando la capacidad de identi-

ficar sus propios intereses, de construir estructuras organizativas para la defensa de ellos, de distinguir los factores fundamentales incorporados a su situación social y, consecuentemente, los elementos de orientación que le permiten distinguir entre los intereses sociales y políticos directamente enemigos y aquellos con los que se puede establecer un frente común de lucha para objetivos inmediatos. Aparecen así, a través de organizaciones y movimientos independientes, o dependientes de movimientos políticos más amplios en cuyos programas se recogen algunos de los objetivos más inmediatos del campesinado, participando en la presión por reformas y cambios y aun en la disputa por el poder global de la sociedad.

Es cierto que todo esto no ocurre en todos los países latinoamericanos donde existe una vasta población campesina, y que los movimientos existentes divergen mucho entre sí, en términos de sus objetivos, de sus patrones de organización, de sus métodos de acción, de su liderazgo, de sus modelos de interpretación de su situación, y de sus niveles y formas de participación política. Es obvio, por lo tanto, que este proceso de diferenciación y de organización de los intereses sociales del campesinado, no ocurre de manera uniforme ni coherente en todas partes, ni en todos los sectores del campesinado que participan en los movimientos, ni puede ser posible esperar que el desarrollo de la conciencia social del campesinado tenga lugar con características equivalentes a las del nivel urbano. Todo eso, no obstante, no contradice mayormente la naturaleza y la dirección de la tendencia de sus más vastos alcances. Las movilizaciones campesinas no son, desde luego, un fenómeno nuevo en Latinoamérica. En muchos de nuestros países, particularmente en aquellos donde la población indígena formaba la capa más numerosa del campesinado, se han registrado revueltas más o menos importantes en todos los periodos de la historia post-colonial. Sin embargo, descontado el temprano ejemplo mexicano,* tales revueltas fueron siempre esporádicas, efímeras, inorgánicas, localmente aisladas, y, en general, fueron conducidas por modelos de interpretación que no permitían asir los factores reales de la situación social, y se revistieron por lo mismo, de formas tradicionales, persiguiendo finalidades que sólo indirectamente expresaban las necesidades y los intereses campesinos.

* El movimiento campesino que motorizó la Revolución Mexicana, no ha sido incluido en este estudio, porque es ya suficientemente conocido y porque nuestro interés fundamental está referido a los movimientos actuales. Dentro de este esquema, el movimiento mexicano, en un contexto histórico diferente, podría caer bajo la denominación de "agrarismo revolucionario".

Es solamente en los últimos veinte años que se asiste al desarrollo de movimientos campesinos generalizados, duraderos, con tendencias a una coordinación que sobrepasa las lealtades localistas, desarrollando formas de conciencia social más adecuadas para interpretar la naturaleza real de su situación social, canalizándose a través de formas organizativas modernas o utilizando formas tradicionales para objetivos distintos. En este sentido, los actuales movimientos campesinos son un fenómeno nuevo en la historia social latinoamericana, y es desde esta perspectiva, por lo tanto, como deben ser enfocados.

El propósito principal de este trabajo es, justamente, intentar organizar un enfoque para el estudio comparativo de estos movimientos en Latinoamérica, provisoria matriz conceptual que ha tenido que ser elaborada sobre la base de materiales de información que están muy lejos de ser los más adecuados. Al mismo tiempo, es también el marco de referencia para el recuento del movimiento campesino peruano actual, caso particular que se presenta aquí por ser, para el autor, mejor conocido y de primera mano.

I. DOS ETAPAS HISTÓRICAS DE LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS EN LATINOAMÉRICA

No se conocen todavía suficientes y adecuados estudios de las luchas sociales de los campesinos latinoamericanos, como para tener una idea clara y válida de sus distintas manifestaciones, y que pudieran servir de base a una periodificación de sus secuencias históricas más importantes.

Sin duda, el fenómeno actual sólo en parte es el resultado de las contemporáneas circunstancias históricas, y, en una larga medida, es más bien la culminación de un prolongado proceso, a lo largo del cual se ha ido desarrollando entre los campesinos la capacidad para organizarse como un sector específico de intereses sociales, pero que solamente ahora encuentra la oportunidad y los elementos para cristalizar en las actuales tendencias.¹

El material disponible no permite ninguna generalización definitiva acerca de la naturaleza y alcance de los objetivos manifiestos de cada uno de los movimientos, de sus modelos "ideológicos" o modelos de interpretación de la realidad social, de sus métodos de acción, de sus patrones de organización y de liderazgo, y de sus patrones generales de desarrollo, que son, usualmente, las categorías analíticas empleadas para el análisis de los movimientos sociales.²

Parece, sin embargo posible, señalar en primer término, la divi-

sión relativamente clara de las luchas sociales campesinas en Latinoamérica, en dos periodos mayores:

1. El periodo pre-político.
2. El periodo de la politización.

Los movimientos pre-políticos no se propusieron de manera directa la modificación de la estructura profunda de poder en la sociedad en que participaban, por la eliminación o modificación de los factores económicos, sociales y políticos básicos que determinaban la situación social del campesinado. En su generalidad, persiguieron propósitos difusamente discernibles, o finalidades concretas vinculados con la situación real sólo de manera completamente segmentaria, tangencial, o indirectamente y por implicación. Cuando en pocos de los más avanzados casos sobrepasaron ese nivel, no llegaron a percibir sino muy limitados aspectos del problema efectivo; en ningún caso visualizaron los factores mayores condicionantes de la situación campesina y, por lo mismo, no se propusieron la modificación de la estructura global de poder en el campo. En última instancia, no llegaron a percibir la especificidad de sus intereses sociales y a percibir, sino de manera distorsionada en el mejor de los casos, a sus enemigos sociales como un sector de intereses sociales diferente y opuesto.

Esta característica predominante de los movimientos campesinos pre-políticos, revela la actuación de modelos de interpretación de la realidad social, que impedían una percepción de los factores reales de la situación que los empujaba a la rebelión. Este tipo de modelos "ideológicos",³ puede ser llamado feudal-religioso, en general, en tanto que los elementos predominantes que lo forman, suponen modos de dar cuenta de una realidad social en términos de las relaciones entre el hombre y la divinidad, o entre el hombre y un orden "natural" de cosas que no puede ser sustantivamente modificado. Según los casos, pueden ser elementos de uno u otro origen los predominantes en la configuración de la conciencia social.

Los patrones de organización y de liderazgo que intervenían en esta clase de movimientos, eran en su mayor parte los mismos que regían la estructura tradicional de la familia, del parentesco, de la comunidad local o de la "casta", y en otros casos no llegó a cristalizar de manera definida ninguna estructura organizativa.

Los métodos de acción, aunque variando en su forma concreta de uno a otro caso, estuvieron normalmente arreglados a la naturaleza de los fines perseguidos y a las características de la estructura organizativa y de liderazgo. El carácter mismo de la acción, no parece haber sido tanto el resultado de las decisiones e iniciativas de los

campesinos movilizados, excepto en los movimientos racistas, como de la reacción de los grupos dominantes de la sociedad y del Estado.

1.1 *Formas concretas de los movimientos pre-políticos*

Las numerosas formas concretas que adoptaron estos movimientos del campesinado, que se registran en la literatura histórica y narrativa, especialmente, pueden ser agrupadas en las siguientes categorías principales:

1. Movimientos mesiánicos.
2. Bandolerismo social.
3. Movimientos racistas.
4. Movimientos agraristas tradicionales o incipientes.

Esta tipología no implica, sino en muy pequeña parte, una posible secuencia histórica, y en absoluto una característica nacional o una tajante separación en la realidad. De hecho diversos tipos han coexistido en un mismo país, en un mismo periodo, y los elementos de uno y de otro tipo han aparecido superpuestos en los mismos movimientos. La clasificación se funda, por eso, en la característica más pronunciada de los movimientos.

1.11 *Movimientos mesiánicos*

Por movimientos mesiánicos, se entiende aquí aquéllos que persiguen una modificación de las relaciones entre el hombre y la divinidad o lo sagrado en general, que se guían por lo mismo según modelos religiosos de percepción en la realidad social, se expresan en símbolos religiosos, aparejan una conducta externamente mística, se organizan en forma de secta o de iglesia aunque de manera poco estructurada, y legitiman su liderazgo por la santificación o la divinización. Como método de acción, por lo general, aparecen preconizando una especie de “retirada” del mundo, que puede llegar a retirada física, espacial, del territorio que habita el mundo que se condena. Otras formas pueden resultar de la reacción de las autoridades.

1.12 *Bandolerismo social*

El bandolerismo social, en cambio, persigue predominantemente finalidades punitivas. A pesar de tener un claro sentido de protesta social por la injusticia de los poderosos, no llega a tener una “ideología” amplia, salvo la primaria de rebelión contra el abuso y la opresión exacerbada. Excepcionalmente llega a tener formas rudimentarias de organización para pequeños grupos, y su método de acción es la violencia física abierta, por medio de acciones indivi-

duales o de pequeños grupos. Su liderazgo se legitima, por lo tanto, por la capacidad de cumplir con éxito esta clase de acciones en un grado mayor que los demás. No se propone, pues, la modificación del orden de cosas sino en una escala individual. Se diferencia de las formas comunes de bandolerismo, porque su acción va dirigida predominantemente contra los poderosos, se apoya en la adhesión de la masa campesina, y las acciones punitivas tienen el sentido de la defensa de los campesinos.⁴

1.13 *Movimientos racistas*

Los movimientos racistas, se definen como movimientos de rebelión contra la dominación de grupos de origen étnico diferente. La finalidad perseguida supone, por eso, no un cambio de la naturaleza de la relación social (la dominación), sino la eliminación de un grupo determinado de dominadores, no en tanto de dominadores sino en tanto que dominadores de un grupo étnico distinto. Más que en ninguno de los otros movimientos campesinos, la estructura organizativa y de liderazgos se rige por los patrones que comandan la estructura tradicional del parentesco y de la “casta” No dispone de un modelo generalizado de percepción de la realidad social, y, en cierto sentido, las acciones persiguen propósitos punitivos. Esta clase de movimientos campesinos en Latinoamérica, sólo se han producido en sociedades donde las diferenciaciones étnicas conllevan diferencias básicas de poder social, como sucede en las sociedades con población indígena considerable entre la masa del campesinado.

1.14 *Movimientos agraristas tradicionales o incipientes*

Finalmente, los movimientos agraristas tradicionales o incipientes, se caracterizan por perseguir finalidades de reforma social pero circunscritas a aspectos muy limitados y no fundamentales. No se proponen un cambio de la situación social del campesinado, sino su mejoramiento en ciertos aspectos superficiales, cuya condición concreta puede variar en cada caso concreto. Entre estos movimientos aparecen en forma rudimentaria, elementos de conciencia social que permiten distinguir —aún en su forma primaria— la naturaleza real de los factores en juego, pero estos elementos no llegan a ser predominantes, no son consistentes con los demás elementos de la conciencia social, que en su contexto se guía por modelos feudales de interpretación de la situación. En sus niveles más desarrollados, incluyen patrones de organización y de liderazgo, que comienzan a diferenciarse de los que rigen la estructura social tradicional, y

que se fundan en la naturaleza del objetivo perseguido, pero no llegan hasta cristalizar organizaciones de masas duraderas. Sus métodos de acción son indirectos, y la violencia suele ser, por lo general, el resultado de la reacción de los intereses afectados por la conducta campesina. De hecho, esta forma es la más próxima a la politización, y puede ser desarrollada e incorporada a movimientos de contextura ideológica moderna, sindical, o revolucionaria.

1.15 *Modalidades que no aparecen en la escena latinoamericana*

No parecen haberse producido en el campo latinoamericano, otras modalidades de movimientos pre-políticos como la *maffia* y el "milenarismo", incluidos en recientes estudios de movimientos campesinos de otras regiones.⁵ El mesianismo latinoamericano no parece haber revestido las características ni los propósitos del "milenarismo" medieval europeo.⁶ No es posible establecer sin información más segura, ninguna secuencia histórica entre estas formas pre-políticas de las luchas sociales campesinas en Latinoamérica. Sin embargo, no deja de tener significación el hecho de que mientras en el siglo XIX, el mesianismo y el racismo parecen haber sido las formas predominantes, en este siglo el bandolerismo social y el agrarismo incipiente parecen haber sido los de mayor frecuencia.

1.16 *Observaciones sobre los movimientos pre-políticos*

Por su naturaleza, el mesianismo y el racismo campesinos no son susceptibles de incorporación a esquemas racionales de interpretación social, o a movimientos políticos más amplios y con ideología moderna, reformista o revolucionaria. De todas las formas descritas, son más las "arcaicas" o "tradicionales"

El bandolerismo social, no obstante su carencia de un modelo organizado de percepción de la realidad social, su inorganicidad y su aislamiento, contiene ya un germen de abandono de las ideologías feudal-religiosas. En un nivel totalmente primario, supone un comienzo de secularización de la acción social. El bandolerismo latinoamericano del campesinado, ha estado siempre enderezado contra la dominación y el abuso de los terratenientes, y eso podría mostrar un incipiente proceso de identificación del enemigo social más importante.

Con el agrarismo tradicional o incipiente, las luchas campesinas han sobrepasado de manera significativa el nivel de los movimientos anteriores, en lo que se refiere al desarrollo de una conciencia social realista. Colocada en un contexto global enteramente tradicional, esta forma no podía desarrollarse, salvo circunstancias excep-

cionales, en la vida política nacional. Sin embargo, es a partir de esta forma que se desarrollan los movimientos agraristas modernos.

Se puede, pues, según todo ello, pensar que las tendencias actuales del campesinado son, en buena parte, la cristalización de un nuevo nivel, con la configuración de elementos que se han ido desarrollando en un prolongado proceso de experiencias y de luchas campesinas, al paso en que las circunstancias histórico-sociales globales se iban modificando, modificando la condición del propio campesinado.

Dos de las mayores vertientes que canalizan la movilización campesina actual —el agrarismo revolucionario y el bandolerismo político— son, en alguna manera, el desarrollo y la modificación de sus equivalentes pre-políticos de agrarismo y de bandolerismo social.

Las formas pre-políticas de la movilización campesina parecen haber sido las predominantes en América Latina, hasta aproximadamente, los años 30 de este siglo, época en que se inicia el desarrollo de un nuevo tipo de conciencia social entre los campesinos y, en consecuencia, nuevas formas de movilización.⁷

1.2 *La politización de los movimientos campesinos*

A partir de los años 30 de este siglo, las movilizaciones campesinas en Latinoamérica difieren notablemente de las anteriores, respecto de cada uno de los criterios analíticos propuestos. La configuración resultante, permite señalar la politización como la tendencia dominante.

La noción de “politización” se usa aquí para caracterizar la tendencia de todo movimiento social cuyos objetivos manifiestos, modelos ideológicos, sistemas de organización y liderazgo y métodos de acción están enderezados a la modificación parcial o total de los aspectos básicos de la estructura de poder social en la cual emergen, por la modificación de los factores económicos, sociales y políticos fundamentales que están implicados en la situación.

Todo orden de dominación social tiene como mecanismo de integración y de mantenimiento en última instancia, el uso del poder político. Todo movimiento social dirigido contra los aspectos básicos de un orden de dominación social, cualquiera que sea el nivel efectivo de su acción y de su desarrollo, conduce a un enfrentamiento con el poder político que sirve al orden de dominación, y en el curso de su desarrollo tiende, necesariamente, a convertirse ya sea en un movimiento político independiente o a ligarse a más amplios movimientos políticos, según las circunstancias político-sociales que enmarcan el proceso de su desarrollo.

Tanto más fundamentales sean los aspectos de la estructura de

dominación puestos en juego, y tanto mayores sean los alcances de los objetivos del movimiento a este respecto, su incidencia sobre el orden político como tal y su politización en tanto que movimiento, serán igualmente mayores.

Desde este punto de vista, no hay mucho margen para dudar de que la tendencia principal que se ha venido desarrollando entre los movimientos campesinos a partir de los años 30, es la politización.

Lo que caracteriza a la totalidad de los movimientos sociales del campesinado en Latinoamérica, o a las formas de participación del campesinado en otros movimientos sociales, en este periodo, es la tendencia a poner en cuestión los aspectos básicos del orden de dominación social en el cual participaban o participan, en forma cada vez más amplia, es decir, incluyendo cada vez mayor número de aspectos básicos, y más recientemente, implicando cambios en mayor profundidad y mayor alcance, a diferencia de las formas anteriores de movilización dirigidas, en su generalidad, a finalidades que sólo de manera indirecta o por implicación podían poner en riesgo el orden de dominación social establecido, o, como en el caso del agrarismo incipiente, cuestionar solamente aspectos muy limitados y no fundamentales de la situación social como tal.

La naturaleza y el alcance de estos objetivos, entraña, de manera necesaria, la operación de modelos ideológicos o de interpretación de la realidad social, radicalmente diferentes de los que guiaban los movimientos tradicionales. Mientras que los anteriores tenían una condición feudal-religiosa, en diversas combinaciones, los modelos ideológicos que desarrolla el campesinado contemporáneo o aquellos en los cuales participa, permiten dar cuenta de la situación social en términos de los factores económicos, sociales, y, en última instancia, políticos, incorporados a ella.

Asimismo, es evidente que los movimientos campesinos de este periodo han desarrollado sistemas de organización y de liderazgo muy distintos de los que aparecieron antes, o han adaptado flexibilizándolas las formas tradicionales de organización para los nuevos fines. De una parte, han adoptado las formas sindicales de origen urbano o las han reinterpretado a la medida de sus necesidades, y de la otra, han desarrollado organizaciones *sui generis* como las ligas campesinas y han flexibilizado las formas tradicionales de la organización comunal para las nuevas necesidades de la acción.

Es indispensable dejar establecido desde el comienzo que cuando se propone la politización como categoría analítica, para diferenciar a los movimientos campesinos de ambos periodos, no se está implicando que todos los elementos ideológicos, formas de organización,

liderazgo, métodos de acción y finalidades tradicionales han sido totalmente canceladas y sustituidas por los que se derivan de la politización. Esto no ha ocurrido así indudablemente y puede encontrarse una superposición de elementos de ambos periodos en la actualidad. Lo que importa, sin embargo, es que la tendencia básica de este periodo es la politización, como abandono progresivo de los rasgos tradicionales o su reelaboración en el nuevo contexto, como ampliación y profundización de los cambios implicados en los objetivos. Esto puede verse, más claramente, cuando se intenta distinguir las formas principales de la movilización campesina de este periodo.

1.21 *Formas predominantes de la politización de los movimientos campesinos*

La información disponible, por el momento, permite agrupar a los movimientos campesinos de este periodo en tres tipos principales:

1. Agrarismo reformista.
2. Bandolerismo político.
3. Agrarismo revolucionario.

Esta clasificación, desafortunadamente, ha sido elaborada contando con material empírico que no es, sino en muy pequeña parte, el resultado de investigaciones sistemáticas con propósitos comparativos y, por lo mismo, se ofrece aquí con finalidades principalmente heurísticas.

No es todavía posible establecer secuencias temporales entre estas formas aunque la última parece ser la más reciente. Tampoco se trata de cobijar bajo estas denominaciones diferenciaciones nacionales. Todo lo más, por el momento, estas categorías corresponden a las tendencias principales que parecen haberse desarrollado o estar en curso de desarrollo en los principales movimientos campesinos de la actualidad, en los diferentes países en que estas movilizaciones han alcanzado mayor envergadura.

1.211 *El agrarismo reformista* es, probablemente, la tendencia más ampliamente generalizada entre el campesinado que toma parte en las movilizaciones campesinas, a partir de los años 30.

Bajo esta denominación, se incluye a todos los movimientos campesinos de Latinoamérica que se proponen como objetivo de mayor alcance, la modificación de algunos aspectos parciales de la situación social en que participa el campesinado, y la eliminación de algunos de los efectos más opresivos de la estructura de poder imperante en la subsociedad campesina, sin poner en cuestión la naturaleza más profunda del sistema de dominación social; cuyo

modelo ideológico dominante, por consecuencia, supone la admisión de la legitimidad de la estructura profunda de poder social vigente y postula solamente su mejoramiento continuo; cuyos patrones de organización y de liderazgo son adoptados de los que existen en el nivel urbano y ya incorporados al sistema nacional global, y cuyos métodos de acción siguen de cerca los patrones establecidos legalmente para otros sectores de intereses sociales subordinados, como los que sirven a los trabajadores urbanos, tratando, en general, de no enfrentarse al sistema global en el campo.

En diferentes momentos y en diferentes países, esta tendencia se ha desarrollado siguiendo *dos variantes principales*. La primera probablemente anterior en el proceso de desarrollo de la tendencia, consistía en la movilización del campesinado con la finalidad específica de modificar algunos aspectos, muy negativos para los trabajadores campesinos, de las relaciones de trabajo.

La forma organizativa característica de esta variante fue tomada de la organización de los trabajadores urbanos: el sindicato. Congruentemente, el método de acción predominante es la huelga.

Esta parece haber sido la variante más extendida del agrarismo reformista hasta antes de los años 50. Sus principales manifestaciones se registraron en Venezuela, Bolivia, Perú y, en forma algo menos desarrollada en Chile, Colombia, Brasil y los países centroamericanos, particularmente El Salvador y Guatemala.⁸

Notablemente, en su generalidad, estos movimientos campesinos se desarrollaron por la sistemática acción agitadora de los partidos políticos reformistas que se desarrollaron en la misma época, y debido a eso, fundamentalmente, se convirtieron posteriormente en efectivos sostenes políticos de la acción de estos partidos. Los casos más notables, sin duda, son los del Perú y Venezuela, donde partidos políticos reformistas de similares características como el de Apra y Acción Democrática, llevaron a cabo lo sustancial del trabajo de agitación y de orientación de la sindicalización campesina y, posteriormente, obtuvieron el apoyo político constante de las organizaciones campesinas que contribuyeron a desarrollar.

Por lo general, los movimientos de sindicalización campesina de este periodo, reclutaron sus participantes de manera claramente localizada entre las capas de trabajadores rurales de las empresas agrícolas más modernas. Esto es, entre los jornaleros agrícolas o proletarios rurales, y mucho menos entre las demás capas de trabajadores campesinos. Por ello mismo, estos movimientos abarcaron a los campesinos de las zonas más próximas a las ciudades, el campo de las regiones más modernas y en mayor grado de urbanización.

El grueso de la masa campesina quedó, de ese modo, al margen de estos movimientos, aunque es probable que la influencia de éstos fuera, a la larga, uno de los factores que deben tenerse en cuenta para explicar las movilizaciones posteriores.

El hecho de que fueran desarrolladas por la acción de agentes urbanos en todas sus etapas, orientadas por la acción de militantes de partidos políticos urbanos, y enmarcadas por su dirección ideológica, determinó, finalmente, que este primer movimiento de sindicalización campesina fuera un movimiento por entero dependiente de la vida política urbana, y que su liderazgo quedara totalmente bajo el control de las organizaciones políticas reformistas de las ciudades. Estos movimientos fueron, pues, movimientos campesinos dependientes. En ellos se prolongó, modificándose, el conjunto de patrones de dependencia del campo respecto de la ciudad, de una parte, y de los patrones de dependencia de las capas bajas de la población respecto de las más altas.

La segunda variante del agrarismo reformista, aunque en algunos países se produjo ya coetáneamente con la anterior, parece ser más característica de los años recientes. Es decir, ya no se presenta como un elemento relativamente aislado entre los elementos de la variante anterior, y pasa a ser la tendencia más pronunciada del agrarismo reformista actual y, por lo tanto, parece ser la tendencia más generalizada en los movimientos campesinos de hoy.

Consiste esta variante, en una ampliación de los alcances de los objetivos anteriores y en una profundización de la naturaleza de los cambios implicados en esos objetivos. En la nueva situación, el campesinado ya no se contiene en la consecución de mejoramientos en el régimen de trabajo, el alza de salarios y otros beneficios sociales que levantan el nivel general de la vida del trabajador campesino; mucho más característicamente se propone la modificación de los sistemas de tenencia de la tierra, aunque, en la mayoría de los casos, los otros aspectos fundamentales de la estructura más profunda de poder en la subsociedad campesina no son puestos en cuestión.

Estrictamente, esta es la manifestación más característica del agrarismo reformista contemporáneo. El propósito perseguido no es solamente el mejoramiento de la situación del campesinado, sino un cambio —aunque parcial y limitado—, de su situación social.

Ello supone, asimismo, que ha ocurrido una ampliación y una modificación de los modelos ideológicos, en el sentido de una ruptura con los modelos feudales. La situación del campesinado ya no es interpretada desde una aceptación total del orden vigente de dominación social, susceptible de mejoramiento sin transformación.

El nuevo modelo da cuenta de la situación campesina como anclada en un factor preponderante: la distribución de la propiedad de la tierra. El modelo de percepción de la realidad social no deja de ser reformista, no obstante. No es el sistema de propiedad en su conjunto que es puesto en cuestión, ni es la entera estructura del orden social en el campo que se hace responsable de la situación. Los métodos de organización y de liderazgo, siguen siendo en parte los de la variante anterior. Sin embargo, cada vez más, el campesinado que participa en estos movimientos tiende a desarrollar modelos organizativos nuevos, que consisten en parte en una adaptación y una flexibilización de las organizaciones tradicionales de la comunidad campesina para los fines nuevos, y en una reinterpretación de los modelos urbanos adoptados para la variante anterior.

Característicamente, los niveles más desarrollados de este agrarismo reformista, esto es, aquéllos en los cuales los participantes revelan un mayor empeño en la pronta consecución de su objetivo principal, utilizan mucho menos las organizaciones de tipo sindical tradicional y mucho más las organizaciones derivadas de la estructura social de las comunidades campesinas y las que son el resultado de una reinterpretación del modelo sindical urbano y rural tradicional.

Éste es el caso característico de las "comunidades indígenas" en el Perú,⁹ de las "ligas camponesas" en el Brasil,¹⁰ o de los sindicatos campesinos emergidos en el movimiento campesino peruano, a partir de los acontecimientos del Valle de la Convención en el Cuzco.¹¹

Los métodos de acción que se establecen, sólo en parte, también siguen los modelos de la variante tradicional. Mientras que en ésta, la huelga era el método de acción característico, en el agrarismo reformista reciente, el método de mayor difusión resulta ser la apropiación directa de la tierra, o un tipo de huelga que apareja la ocupación temporaria de la tierra.

Esta variante nueva del agrarismo reformista, aunque en parte sigue dependiendo de los partidos reformistas tradicionales, o de los partidos revolucionarios urbanos, es en su gran parte un movimiento que se desarrolla de manera mucho más independiente, que crea su propio liderazgo independiente, y no tiene con los movimientos político-ideológicos de nivel nacional, sino vinculaciones fragmentarias y sin permanencia.

Mientras que en la variante anterior, las capas sociales del campesinado que participaban, se reclutaban principalmente o casi exclusivamente del proletariado rural, en la nueva variante las capas participantes son mucho más heterogéneas y provienen de la práctica totalidad de los sectores sociales que forman la población

rural latinoamericana, incluyendo grupos que tienen actividades y roles no-agrícolas, como pequeños comerciantes, artesanos, estudiantes, etcétera.

Por lo mismo, esta nueva variante de la tendencia agrarista reformista, no está localizada solamente en las zonas más contiguas a las ciudades, ni en las regiones de mayor grado de modernización y de urbanización. Afecta, en medida creciente, a la población de todas las capas socio-culturales y de todas las zonas rurales de los países en los cuales existen movimientos de esta clase.

En sus niveles más desarrollados, esta variante tiende a confundirse con la tendencia revolucionaria de los movimientos campesinos, no solamente porque sus métodos de acción, su tipo de organización y sus finalidades de cambio pueden eventualmente conducirla a eso, sino, especialmente, porque comienza a participar en un modelo ideológico totalizador para interpretar la situación social del campesinado. Este tipo de agrarismo reformista ha sido y todavía es el característico de la mayor parte de las movilizaciones campesinas recientes, en el Brasil, en el Perú, y de manera todavía incipiente y ambigua, en Chile, en el curso de los dos últimos años.

1.212 *El agrarismo revolucionario*

El agrarismo revolucionario es, según todos los indicios, una tendencia relativamente última en el desarrollo de los movimientos campesinos, que, en la mayor parte de los casos, no se diferencia aún con toda nitidez del agrarismo reformista más radical, y se presenta más bien como una profundización y una ampliación de la naturaleza y de los alcances de los cambios implicados en las finalidades de la movilización campesina.

En lo fundamental, esta tendencia puede ser caracterizada por los siguientes elementos:

1. Los propósitos y objetivos perseguidos ya no se limitan a la modificación de las formas de la tenencia de la tierra, que caracterizan al agrarismo reformista de la variante más radical, sino que se amplían hasta la modificación sustantiva de la entera estructura de poder imperante en la subsociedad campesina, incluyendo por lo tanto no solamente la modificación del factor económico básico involucrado en la situación tradicional, sino también los factores sociales y políticos básicos incorporados a la situación. No es solamente la redistribución de la propiedad de la tierra lo que se persigue, sino la redistribución de la autoridad y del prestigio social.

2. Ello implica que la concepción del problema de la situación del

campesinado, el modelo de interpretación de la situación social, incorpora la totalidad de los factores económicos, sociales y políticos fundamentales, como responsables de la situación campesina, y que, en consecuencia, es el sistema entero de dominación social en el campo que se percibe en su conjunto y no de manera aislada en algunos de sus elementos. Se trata de una ruptura definitiva con los modelos feudal-religiosos, y con los modelos reformistas que postulan cambios en algunos de los factores decisivos, pero no cambios globales que modifiquen el sistema social como tal.

3. Los métodos de organización y de liderazgo, tienden a ser *sui generis*, arreglados a las necesidades de la acción en un contexto social y político concreto, o una reinterpretación de los modelos organizativos tradicionales. En el primer caso, por lo general, se trata de una adaptación de los patrones organizativos que proporciona la estructura social tradicional, por la incorporación de los elementos típicos de modelos urbanos como el sindicato, o una flexibilización de la estructura organizativa tradicional de las comunidades campesinas para las nuevas finalidades. En el segundo caso, se trata de una reinterpretación del modelo sindical urbano o rural tradicional, y la elaboración de un modelo organizativo generalmente fundado en la estructura social de la población campesina.

En los niveles más avanzados, principalmente como resultado de la respuesta o reacción del aparato político que defiende el sistema tradicional, o como sistema de defensa contra la represalia posible, aparecen organizaciones militares y para-militares, como la milicia, la banda y la guerrilla.

4. Los métodos de acción son en todos los casos directos e ilegales. Incluyen la toma de la tierra y la eliminación social o física de los terratenientes, la sustitución del aparato político local o el levantamiento de un poder paralelo y, finalmente, la acción armada de defensa o de represalia contra la reacción terrateniente o estatal.

Esta tendencia parece haber aparecido aisladamente al mismo tiempo que el desarrollo del agrarismo reformista tradicional, en algunos países. En Colombia el experimento de las "repúblicas rojas", de las cuales Viotá es el caso más significativo, puede ser incluido en esta categoría, a pesar de su posterior rutinarización y degeneración. Lo mismo, según algunos autores, parece haber ocurrido en la misma época en El Salvador, aunque los datos acerca de este caso no son suficientemente precisos.^{11a}

Sin embargo, es en los años recientes que esta tendencia aparece de manera más caracterizada y en mayor grado de generalización. El caso más desarrollado es el del movimiento sindical y miliciano del

campesinado boliviano después de la revolución de 1952, en un contexto político largamente favorable a su desarrollo y, sobre todo al comienzo, en dependencia del partido político que asumió el poder con la revolución.¹²

En situaciones diferentes, los casos más notables son los del movimiento campesino de los valles de la Convención de Lares, en el Cuzco, Perú, durante la época del liderazgo de Hugo Blanco; las actuales “repúblicas rojas” de Colombia, como desarrollo y modificación del bandolerismo político campesino en ese país. De manera menos clara y diferenciada, los alcances mayores de las acciones de las “ligas camponesas” brasileñas podrían también incluirse, bien que en nivel inferior e incipiente, en esta tendencia.¹³

Sin ninguna duda, esta tendencia es la punta más avanzada del proceso de politización de los movimientos campesinos. No solamente por el hecho de que muestran una notable ampliación y profundización de los alcances y de la naturaleza de los cambios perseguidos como finalidades de la movilización, por lo que eso implica la participación en un modelo ideológico de contenido totalizador y revolucionario. A través de estos factores, en la medida en que ponen en cuestión la naturaleza más profunda del orden de dominación al cual están sujetos, al desplazar el aparato político local que defiende el orden establecido o levantar un poder paralelo, al desafiar con acciones armadas la autoridad legal del Estado, al tomar la ley en sus manos, la lucha campesina se politiza en el más estricto sentido de la palabra.

Es sumamente importante anotar a este respecto, que esta tendencia de los movimientos campesinos, no obstante su vinculación con más amplios movimientos político-ideológicos de carácter revolucionario, hasta aquí conlleva también una tendencia a desarrollar un sentido más claro de independencia o autonomía relativa respecto a estos movimientos políticos más amplios a desarrollarse como una fuerza participante pero distinta, en la acción de tales partidos o movimientos, y, en cierto sentido, a erigirse en una fuerza política propia.

Se desarrolla así un liderazgo campesino independiente, que sólo sectorialmente aparece vinculado o dependiente de las organizaciones partidarias urbano-rurales más amplias, y que impone sus propias condiciones.

Esto se manifiesta mucho más claramente que en ninguno de los otros movimientos campesinos latinoamericanos, en el caso boliviano, el más desarrollado de todos en la tendencia de politización. Este movimiento sindical miliciano fue gestado y organizado bajo la

acción de grupos revolucionarios urbanos, y legalizado y coordinado después por el MNR. Durante un tiempo dependió casi totalmente, en el nivel de su liderazgo, del partido gobernante. Sin embargo, se fue desarrollando posteriormente hasta ganar una esfera de autonomía relativamente amplia, de manera que al final era necesario negociar y pactar con el liderazgo sindical y miliciano campesino para las finalidades del partido gobernante, y sólo en tanto que sus demandas fueran satisfechas. En la actualidad, una buena parte de este liderazgo parece respaldar en algún sentido la posición del jefe militar que desplazó del poder al MNR. No obstante, el liderazgo miliciano aparece como un aliado no dependiente, exigiendo una participación considerable en la composición del futuro parlamento. Es decir, funciona en la práctica casi como un partido político campesino.¹⁴

De un modo equivalente, aunque no de la misma manera concreta, el movimiento campesino peruano generó su propio liderazgo independiente en su más amplia parte, a partir de los sucesos de la Convención, aliado y paralelo a los grupos políticos de la izquierda revolucionaria urbana, pero sólo dependiente organizativamente de ellos en una mínima parte.

El desarrollo de las "ligas camponesas" brasileñas, y el de las bandas y guerrillas colombianas de la actualidad, parece haber seguido —en la parte que se puede asimilar a esta tendencia— en general los mismos cauces. La gran mayoría de las guerrillas campesinas colombianas, con todas sus vinculaciones a los partidos políticos urbanos, parecen ser en general notablemente independientes de ellos en un sentido de pertenencia organizativa.¹⁵ Muy significativamente, uno de los jefes guerrilleros de mayor prestigio y autoridad aparece como miembro del PC; sin embargo, su acción concreta y sus declaraciones suelen contradecir abiertamente la posición oficial del partido al cual asegura pertenecer.

1.213 *El bandolerismo político*

Hasta el momento, la única tendencia caracterizable bajo esta denominación ha aparecido en un solo país; Colombia, a partir de 1948.

La lucha armada en el campo colombiano no aparece por primera vez en esa fecha. Es un fenómeno de muy larga trayectoria. En ese país existieron, mucho antes, guerrillas campesinas conducidas principalmente por el Partido Liberal, y en algunos sectores por el Partido Comunista. Pero es solamente a partir de aquel año, que sucesos políticos bien conocidos, llevaron la lucha armada en el campo a un nivel de violencia inigualado antes.

El estudio de este movimiento, tropieza con una dificultad muy importante. Una prolongada y sistemática propaganda oficial, ha logrado fijar en la percepción general de dentro y de fuera del país, la idea de que el carácter único de la rebeldía campesina colombiana, es el bandolerismo despojado de todo propósito social o político, y cuya única finalidad es la violencia por la violencia misma. Aun los estudios llevados a cabo por hombres de ciencias sociales, han perseguido principalmente información sobre las formas, el grado y el costo de la violencia, la determinación de las responsabilidades originales sobre su desencadenamiento, con un afán más bien ético.

Es muy interesante que el término mismo usado por la propaganda oficial y los analistas colombianos para denominar la lucha campesina, es el de "violencia" sin más calificativos. Término equívoco e intencionado, que sólo resalta uno de los elementos del problema, escamotea el contenido y las implicaciones sociales y políticas de la lucha, que rezuma un vago efluvio metafísico y que retrata mucho de la condición tradicional de la conciencia social dominante.

Sin embargo, existen algunos indicios que obligan a desconfiar de la veracidad de esta única caracterización de la conducta campesina colombiana. De una parte, ya mucho antes, junto a las guerrillas liberales que reclutaban al campesinado en la lucha contra los sectores más reaccionarios de la clase terrateniente colombiana, se habían producido intentos aislados de elevar el contenido social y político de la lucha campesina, independizarla políticamente de la influencia del liberalismo terrateniente y de la hegemonía de modelos feudal-religiosos de interpretación de la situación social del campesinado. Los elementos de agrarismo revolucionario que se desarrollaron de esa manera, culminaron con efímero éxito en la organización de las "repúblicas rojas", de las cuales el caso más destacado es el de Viotá.

La fase posterior a 1948, ha sido explicada por la generalidad de sus estudiosos, como originada en las rivalidades políticas de los dos partidos tradicionales de Colombia, y, por lo tanto, toda su primera época debe ser correctamente caracterizada como una guerra civil entre conservadores y liberales, en la cual el contingente de población campesina colocado en ambos bandos, participaba al margen de sus propios intereses, puesto que las direcciones políticas de ambos bandos correspondían a dos fracciones de la misma clase dominante, enemiga en su conjunto de los intereses del grueso de la población campesina.¹⁶

Posteriormente, sin embargo, la participación campesina en la

lucha sobrepasa las finalidades perseguidas por las direcciones políticas enfrentadas en la guerra civil, hasta alcanzar a afectar los propios intereses de la clase terrateniente como tal, al margen de sus ocasionales rivalidades políticas. El nivel de violencia de la lucha termina afectando por igual a los terratenientes de ambos bandos, de manera que es la estructura misma de poder social en el campo que se ve amenazado, independientemente de si el campesinado reclutado en cualquiera de los bandos se diera cuenta o no, o persiguiera o no consciente o intuitivamente esta finalidad. Lo más probable es que para el grueso de la población campesina participante en la lucha, las circunstancias mismas de la lucha, la exacerbación de la violencia, la llevaran hasta ese nivel. Es decir, las implicaciones de la participación campesina en la lucha, sobre los intereses de la clase terrateniente colombiana, en su conjunto, fueron más el resultado de las circunstancias que una finalidad buscada por el campesinado.

Lo claro, sin embargo, en esta fase del desarrollo de la conducta campesina, es que se trataba de una prolongación de los patrones de la dominación social establecida. *No puede hablarse en este nivel, legítimamente, de un movimiento campesino sensu stricto.* Los campesinos no estaban peleando por sus propios fueros, sino por los intereses de la clase enemiga y en servicio de sus rivalidades. El índice más directo de que la situación estaba planteada en esos términos, en ese momento, era el hecho de que los campesinos se mataban entre sí desde ambos bandos, además de llevar la violencia de sus acciones sobre los terratenientes de ambos bandos, respectivamente.

Pero, por lo mismo que el desarrollo y la exacerbación de la violencia de la lucha, no podía dejar de afectar a la larga el orden social mismo establecido en el campo colombiano, en la medida en que la violencia se descargaba sobre todos los sectores de terratenientes incorporados en los bandos en pugna, el fenómeno varió de curso. Los terratenientes aterrorizados iniciaron un éxodo masivo lejos de las zonas de lucha, abandonando sus tierras y sus centros de dominación. La clase terrateniente admitía por ese hecho, que la lucha sobrepasaba las finalidades perseguidas en la primera fase de la guerra civil entre sus dos facciones políticas principales.

A partir de entonces, es el Ejército colombiano el que se hace cargo de la situación, en su gran parte. El carácter de la guerra civil se modifica notable, aunque no aún radicalmente. En adelante, la guerra civil se lleva a cabo cada vez más entre las bandas campe-

sinas armadas, de ambos bandos políticos por igual, contra la represalia del Ejército.

Es en este momento que comienza un nuevo proceso, lento e irregular. El campesinado militante de ambos bandos, se encuentra cada vez más empujado a una necesidad común: la defensa contra el enemigo común, el Ejército. No desaparece, no obstante, la rivalidad política entre los campesinos sino de manera gradual e incoherente, a medida que las circunstancias de la lucha contra el Ejército y su sistema increíblemente cruel de represalia, obligan a los campesinos de ambos bandos a reconocer una situación común y un interés común de defensa.

Como, necesariamente, la acción punitiva del Ejército fue respaldada por los terratenientes, ante el riesgo de que la violencia campesina pudiera llegar a desmontar la estructura misma de su dominación social, el campesinado enfrentado en común al Ejército, aunque separado por diferencias partidarias, comenzó a encontrarse enfrentado también a la necesidad de reconocer una común situación social, a encontrar un común interés social, por lo tanto, y a enfrentar el problema de su participación en la lucha como un alzamiento contra Ejército y terratenientes. El desarrollo del proceso había conducido, irremediablemente, a su nivel de lucha de intereses sociales.

Al presente, este nuevo nivel del proceso parece ser ya el predominante. Las bandas armadas de campesinos, o se van disolviendo o se van convirtiendo en bandas guerrilleras con finalidades político-sociales bien definidas, que sobrepasan ya el marco de la subsociedad campesina colombiana: la transformación radical del orden social nacional, comenzando por su sector rural.

De este modo, el proceso de la participación campesina en la "violencia" colombiana, parece haber atravesado tres momentos principales:

1. Participación dependiente, al margen de sus intereses sociales y en servicio de intereses enemigos.

2. Bandolerismo político-social, en defensa contra la represalia militar y terrateniente, con progresivo abandono de la dependencia política tradicional.

3. Guerrillerismo revolucionario, en defensa de sus propios intereses y en conexión con movimientos político-ideológicos revolucionarios.¹⁷

En el primer momento, la conducta campesina colombiana, no puede ser incluida adecuadamente bajo la denominación de movimiento campesino. El campesinado fue movilizad y reclutado por

direcciones totalmente externas y enemigas, para fines que le eran ajenos y hostiles, y tuvo una participación totalmente dependiente.

Es solamente en el segundo momento, cuando la acción campesina ha devenido independiente, en su mayor parte, por la retirada de los terratenientes, que puede hablarse de la existencia de un movimiento campesino estrictamente. Es también, en este momento, que esta movilización configura una categoría singular entre los demás movimientos campesinos de Latinoamérica.

El tercer momento, puede ser incluido sin mucha dificultad, en lo que hemos denominado "agrarismo revolucionario", por sus objetivos y sus características principales: la organización de estructuras de poder total, independientes del poder oficial tradicional y enfrentadas a él, en las áreas rurales.

Esta secuencia establecida para organizar un esquema de análisis de la conducta campesina en la era de la "violencia", debe ser entendida totalmente al margen de todo enfoque del tipo del evolucionismo positivista. La secuencia no implica, de ningún modo, que las tendencias de cada una de las etapas se desarrollara abrazando uniforme y masivamente al campesinado que participaba en la lucha, y que los rasgos y tendencias de una etapa desaparecieran totalmente al aparecer otra. Lejos de eso, la información permite establecer sin duda, que estas tendencias aparecen superpuestas en las diferentes etapas, es decir, que los rasgos de la anterior permanecen vigentes en sectores y regiones de la lucha campesina. Sin embargo, lo que importa es que parece posible registrar esta secuencia en la formación y desarrollo de las tendencias que guían la conducta campesina y que, significativamente, la etapa actual parece ser la de la generalización del agrarismo revolucionario que conducen las guerrillas.

La caracterización precedente, no implica tampoco negar que, en efecto, uno de los rasgos más difundidos de la movilización campesina de Colombia, sea el bandolerismo puro y simple, la violencia por la violencia misma. Más todavía, es perfectamente probable que ciertos rasgos de bandolerismo común impregnen parte de las conductas campesinas aun en las tendencias de bandolerismo político-social, y en la tendencia revolucionaria de las guerrillas. Lo que interesa destacar, a pesar de eso, es que los elementos de bandolerismo común no parecen haber otorgado su carácter más profundo a la movilización campesina de ese país, cualquiera que haya sido el grado de exacerbación de la violencia, o cualquiera que haya podido ser su forma más perversa de manifestación. No hay ninguna razón para liberar a los terratenientes colombianos

o a los miembros de las tropas punitivas del Ejército colombiano, de la misma acusación de bandolerismo, si es que por tal se entiende —como parece, en la propaganda oficial— la participación en actos de violencia de extrema perversión. La crueldad y la perversidad no son, de ninguna manera, patrimonio de los rebeldes campesinos, y parece mucho más que en el segundo caso, que la exacerbación de la violencia es la respuesta a la violencia represiva del Ejército y de los terratenientes, y, en todo caso, resultado de la condición básica de la situación social tradicional del campesinado colombiano.

El bandolerismo político, como tendencia de un sector de la movilización campesina colombiana, es un fenómeno singular en la historia de las luchas campesinas de Latinoamérica, no por la violencia como método de acción, ni por sus finalidades de defensa y de represalia, o sus sistemas de organización que, en lo fundamental, son las mismas que las de las guerrillas revolucionarias del campesinado.

Su tipificación resulta, principalmente, de que los objetivos perseguidos de defensa y de represalia, son objetivos políticos y, en un nivel más desarrollado, también sociales. La defensa y la venganza están presentes normalmente entre los objetivos de todo tipo de bandolerismo. Éste se hace social, cuando la defensa y la represalia se dirigen contra los poderosos, por su condición de poderosos. Se hace político cuando está enfrentado al poder político.

El hecho notable en el caso colombiano, es que durante todo un período la defensa y represalia ejercida por el campesinado contra el poder político representado en el Ejército y sus autoridades locales, parece haber estado despojado de contenido social, en tanto que los campesinos de ambos bandos, en el momento en que se vieron enfrentados a la acción punitiva del Ejército, estaban todavía combatiendo por intereses sociales que no eran los suyos, y que les eran en todo caso directamente enemigos.

El campesinado colombiano no se encontró enfrentado al Ejército —una vez que los terratenientes regularon y se refugiaron en las ciudades lejos de los focos de lucha— porque llevaba a cabo una movilización contra el Estado o contra el Ejército, por su propia cuenta, de manera querida y consciente. Su enfrentamiento fue el resultado de las circunstancias. Combatiendo por intereses hostiles a los propios, su movimiento no tenía aún en ese momento, un contenido social de clase. Su movilización de defensa y de represalia contra el Ejército, las autoridades y sus clientes locales, fue pues un enfrentamiento político porque tenía el carácter de una guerra civil entre el campesinado y el Estado y su Ejército, lo que otorgaba a la

lucha su carácter político al margen de las intenciones o las finalidades del campesinado como sector de intereses. El contenido social de la movilización campesina se desarrolla de manera lenta, irregular, incoherente, como consecuencia de las circunstancias, sólo cuando el enfrentamiento al Ejército es acompañado de un enfrentamiento inevitable a la clase terrateniente como clase; empíricamente, a partir de una movilización dependiente de los intereses de los terratenientes, guiada por modelos feudales de percepción social, la experiencia de la lucha va generando en el campesinado, los elementos de orientación que le permite distinguir más tarde a los terratenientes como un sector diferente y enemigo de intereses, y a diferenciar sus propios intereses. Sólo entonces, aprenden a convertir sus organizaciones de defensa y de represalia contra el Ejército, en un sistema de organización de sus propios intereses, y aprenden a identificar al enemigo inmediato, el Ejército, con el sistema de dominación terrateniente.

El bandolerismo político se transforma poco a poco, por la fuerza de la necesidad, en bandolerismo político-social, y ya en ese momento la tendencia se da la mano con las tendencias revolucionarias o se transforma por su propia cuenta en esta nueva tendencia.

El bandolerismo político del campesinado colombiano, a distinción del bandolerismo social tradicional, no carece de modelos ideológicos. Por el contrario, originado en una movilización dependiente de los intereses terratenientes, está guiado en general por modelos feudal-religiosos. Por lo mismo, los propósitos de su acción y la naturaleza y alcances de ellos, no presuponen cambios en la estructura básica del orden de dominación social sino al transformarse en bandolerismo político-social, y aún aquí de manera incipiente y a través de elementos aislados. El modelo ideológico no da cuenta de su situación en términos de los factores económico-sociales de la misma. De allí que la finalidad básica del bandolerismo político, sea la defensa y la represalia contra el Ejército, más bien que contra el aparato político del cual proviene. A lo sumo contra el "gobierno" en cuanto esto implica un bando político, pero no contra el Estado como aparato político de un sistema de dominación social.

A diferencia del bandolerismo social tradicional, que era aislado e inorgánico, el bandolerismo político colombiano apareja una organización de pequeños grupos coordinados y jerarquizados. A diferencia del bandolerismo social tradicional, cuyas acciones eran esporádicas, el bandolerismo político apareja una sistematización y una planificación de acciones coordinadas y continuadas.

Finalmente, a diferencia de su predecesor prepolítico, el bando-

lerismo político colombiano requiere un liderazgo jerarquizado, aunque mantenga el caudillismo individual sobre esta estructura de liderazgo.

Por todas estas características,¹⁸ el bandolerismo político colombiano, tendencia de un momento y de algunos sectores del movimiento campesino colombiano actual, puede ser presentado como un fenómeno singular y aislado, que encuentra su explicación en las circunstancias concretas de la historia colombiana posterior a 1948, y no necesariamente en la naturaleza de la estructura social y el tipo de percepción social del campesinado.

1.22 *Relaciones entre las tendencias*

El desarrollo de estas tendencias en los diferentes movimientos campesinos contemporáneos de Latinoamérica, no ha seguido un curso lineal, como ya quedó señalado, aunque las tendencias de mayor politización y que postulan cambios más profundos y de mayor alcance, parecen ser más recientes. Pero tampoco, las diversas tendencias coexisten de manera simplemente yuxtapuesta o superpuesta en la movilización campesina.

Teóricamente, coexistiendo en los mismos movimientos y en el mismo contexto histórico-social concreto, necesariamente debe establecerse entre estas diversas tendencias un proceso complejo de interdependencia, como sin duda ocurre en la realidad.

La impregnación de rasgos de bandolerismo, en los niveles más claramente desarrollados del guerrillerismo revolucionario colombiano; la participación de elementos de "ideología" feudal-religiosa en los modelos modernos de interpretación de la situación, que guía a parte de las capas de población campesina indígena que participan en el agrarismo revolucionario peruano pueden ser los ejemplos que mejor ilustren esta relación de interdependencia entre los elementos de las diversas tendencias, que se pueden distinguir analíticamente.

Pero no es éste el aspecto más significativo del proceso de interacción entre las tendencias. Lo que sirve mejor para mostrar el carácter no-lineal, irregular, del proceso de desarrollo de las tendencias del movimiento campesino, y lo que permite comprender los límites del proceso y sus relaciones con el contexto histórico concreto, es la fluctuación de los movimientos campesinos entre una y otra tendencia, en relación a las circunstancias concretas en que aparece colocado en cada momento.

Este fenómeno de fluctuación del campesinado entre las diversas tendencias, se manifiesta muy claramente en dos casos característi-

cos: el movimiento campesino peruano y el movimiento boliviano.

En el caso del Perú, la tendencia política más avanzada del agrarismo revolucionario se originó y desarrolló en los valles de La Convención y de Lares, por la acción de Hugo Blanco y los grupos políticos vinculados a él. Durante un momento, las organizaciones campesinas desarrolladas allí, no solamente tomaron las tierras de las haciendas y eliminaron la presencia terrateniente, sino también erigieron una estructura total de poder bajo su hegemonía, sustituyendo el poder tradicional, económico, social y político, incluyendo la administración de justicia.

No obstante, la terrible represión desatada por el Ejército, que invadió la región inmediatamente después del golpe de Estado de 1962, eliminó por la violencia la capa dirigente del campesinado que sustentaba la tendencia revolucionaria, y redujo notablemente la influencia de la misma sobre la población campesina de base. En el periodo siguiente, las organizaciones campesinas, relativamente debilitadas, cayeron bajo el control de una capa de dirigentes de tendencia moderada, y el movimiento de estos valles parece ahora participar de la tendencia agrarista reformista radical.

Es posible que ello no signifique, necesariamente, la eliminación completa ni definitiva de la tendencia revolucionaria, cuyos elementos ejercieron una profunda influencia sobre la población campesina de la zona, y que no pueden simplemente ser desarraigados en las actuales circunstancias. Pero los elementos de la tendencia revolucionaria no son en este momento dominantes, aunque contribuyan a profundizar y ampliar las perspectivas del agrarismo reformista radical que tiene el predominio actual.

En el caso boliviano, ocurrió un fenómeno equivalente, pero distinto en su forma concreta. Al producirse la revolución boliviana de 1952, el hecho de la participación importante de grupos revolucionarios de extrema izquierda en el proceso inicial, permitió agitar y generalizar entre los campesinos la consigna de la toma de la tierra y de la organización de milicias armadas para defender la nueva situación. El partido triunfante en la captura del poder, de carácter nacionalista-democrático, que no incluyó originalmente la consigna de la reforma agraria radical en sus banderas, tuvo que aceptar el hecho consumado, y bajo la presión de un poderoso movimiento campesino armado, tuvo que profundizar algo más el proceso y darle un cauce legal posterior.

El movimiento miliciano del campesinado boliviano, se convirtió en ese momento en un poderoso factor de radicalización y ampliación de los objetivos de la revolución nacional, se organizó como

una estructura nacional de poder en el campo, y a través de la red nacional de sindicatos campesinos, desplazó en amplias regiones la estructura tradicional de poder.

Sin embargo, el MNR a través de los resortes del poder, y en la medida en que se vio obligado a reconocer la situación nueva en el campo, y, en los primeros años, a identificarse con su impulso, para solidificar su poder político, desarrolló sistemáticamente una política de fomento del caciquismo local campesino, a través de la corrupción económica y política de sus líderes, con el objeto de convertir el liderazgo campesino de las milicias y de los sindicatos, en un instrumento de contención de todas las presiones por la profundización y la ampliación de la revolución en otros sectores de problemas.

De ese modo tuvo éxito en abrir una brecha entre el movimiento campesino y el movimiento obrero revolucionario, que fue creciendo bajo la corrupción político-económica del liderazgo campesino. Aunque, sin duda, los factores básicos de esta nueva posición del movimiento campesino pueden ser encontrados en la propia limitación de las aspiraciones campesinas en el proceso revolucionario de ese momento, es indudable, igualmente, que las circunstancias nacionales concretas dieron forma y significación concreta a tales factores básicos. Lo que interesa destacar, en todo caso, es el hecho de que un agrarismo revolucionario de gran desarrollo, fue convertido hasta este momento en un movimiento reformista radical, que fue cediendo al proceso de reestructuración de un nuevo orden de dominación en el campo, derivado del nuevo orden nacional de dominación social.

Como volverá a ser mostrado más adelante, este fenómeno de la fluctuación de los movimientos campesinos entre las diversas tendencias, según las circunstancias concretas que afectan el contexto histórico-social concreto en cada momento del desarrollo de la movilización, parece indicar que los límites y el destino final de estos movimientos depende, en definitiva, de los límites y del destino de la sociedad nacional en su conjunto.

2. PATRONES GENERALES DE FORMACIÓN Y DESARROLLO DE LOS MOVIMIENTOS CAMPESINOS ACTUALES

A pesar de que para cada forma concreta de la movilización campesina actual en Latinoamérica, existen formas y patrones privados de emergencia y desarrollo, es posible abstraer algunos patrones generales a todos ellos.

Parece, en primer término, que se pueden establecer tres fases principales en el proceso de desarrollo de estos movimientos:

1. La agitación y la dependencia urbana
2. La generalización y la relativa independización de lo urbano
3. La coordinación y la centralización

2.1 *La agitación urbana*

Mientras que la práctica totalidad de las movilizaciones campesinas tradicionales, fue el resultado de la propia iniciativa y la acción campesina en todo momento, los movimientos modernos de este siglo se originan por la acción de agentes urbanos o urbanizados, de agitación y de organización.

En general, esta acción urbana se lleva a cabo por miembros de grupos o partidos políticos urbanos, reformistas radicales o revolucionarios, o a través de agentes urbanizados del campo que militan en estas organizaciones.

La agitación urbana o en dependencia de lo urbano, tiene formas y efectos diferentes en este siglo. Hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, la más difundida tendencia de la movilización campesina fue la del agrarismo reformista tradicional, a pesar de que en algunos países se produjeron aisladamente las otras.

Eso supone que la agitación se llevaba a cabo principalmente por los movimientos políticos reformistas de las ciudades. Su influencia se dirigió y se restringió al proletariado rural, y a las zonas rurales más influidas por la urbanización. Lo importante de este periodo, es que el liderazgo campesino que surgía, pasaba inmediatamente a depender de los partidos urbanos, y a ser controlado por ellos. No se desarrolló un liderazgo independiente. Ya por la misma época, los nacientes movimientos revolucionarios trataron también de llevar a cabo su propia agitación y de desarrollar su propia influencia; pero su acción efectiva, excepto en algunos casos aislados, se desarrolla principalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial.

En el Perú, el Partido Comunista, había logrado extender considerablemente su influencia en los departamentos de la sierra del sur, y penetrado entre el campesinado.¹⁹

En Bolivia, la agitación se inició bajo la influencia del PIR, poco antes de la Segunda Guerra Mundial y produjo en algunas zonas un incipiente movimiento de sindicalización. Más tarde la influencia de los grupos trotskistas en las minas, se extendió hacia el campo y fue preparando el terreno para la movilización campesina posterior, agitando las consignas de formación de milicias y de sindicatos,

especialmente a partir del Congreso Minero de Pulacayo, en 1948.²⁰

Bajo la primera administración de Vargas en el Brasil, los comunistas desarrollaron igualmente una intensa labor de agitación entre los trabajadores de las plantaciones. En Colombia, los grupos revolucionarios lograron influir y controlar algunas localidades aisladas y organizar las precarias “repúblicas rojas”, poco antes de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, la agitación de los movimientos revolucionarios en el campo, en tanto que no produjo, ni siquiera aisladamente, organizaciones campesinas autónomas, con liderazgo propio, parece haberse caracterizado por perseguir como objetivo fundamental, la difusión de modelos revolucionarios de percepción de la realidad entre los campesinos, y por la captación de militantes partidarios.

Contrariamente, a partir de los años cincuenta, en que se produce una cierta maduración y generalización del reformismo agrario moderno radical y, en menor escala, del agrarismo revolucionario, la agitación urbana se lleva a cabo con propósitos y efectos diferentes.

Es solamente en este periodo, que la agitación urbana se realiza con el propósito definido de organizar a los campesinos al margen de la militancia partidaria, de desarrollar un liderazgo campesino no necesariamente dependiente de los partidos, aunque los objetivos de captación de militantes y de control partidario no fueran por eso eliminados.

Esta nueva vertiente de la agitación urbana sobre el campesinado es el resultado de un factor decisivo. La acción ya no es el patrimonio de los grupos o partidos políticos formalmente organizados, y es llevada a cabo por grupos o individuos con ideologías reformistas radicales o revolucionarias, pero no necesariamente militantes de partidos, o por militantes partidarios actuando por su propia cuenta. La totalidad de los movimientos campesinos más desarrollados de la actualidad (Colombia, Bolivia, Brasil, Perú), ha tenido de hecho su origen en la agitación urbana sobre el campo, y en el caso del Perú y del Brasil, una parte muy importante le cabe a individuos o grupos no necesariamente ligados a partidos políticos formalizados.

En Colombia, el desencadenamiento de la movilización campesina se debe a la acción de los dos partidos políticos tradicionales, y en sus tendencias más radicales, a la agitación de partidos y grupos políticos revolucionarios.

En Bolivia, fue la labor de agitadores profesionales del PIR, del POR y del MNR, la influencia decisiva en el desencadenamiento de la movilización y, sobre todo, de su forma sindical y miliciana de organización.

En Brasil, los grupos marxistas, católicos de izquierda, y, sobre todo, la acción de Francisco Juliao, originaron el actual movimiento. En el Perú, la obra de Blanco y su grupo en la Convención, fue el punto de partida de la movilización campesina a escala nacional.²¹

En la fase de predominio de la agitación urbana inicial, el desarrollo del movimiento se caracteriza, en todos los casos, por su dependencia del control de los grupos urbanos. A pesar que, obviamente, ni la base ni el liderazgo de estos movimientos no tenía en su conjunto una militancia partidaria formal, el hecho es que los grupos de extracción urbana controlaban el movimiento, lo orientaban, le daban forma organizativa y proporcionaban los objetivos más avanzados. Es posible, aunque no existe información disponible para saberlo, que en los rangos más altos del liderazgo existiera un predominio de militantes partidarios.

2.2 *La generalización y la autonomización relativa*

La segunda fase en el desarrollo de los movimientos campesinos, se caracteriza por la extensión geográfica y social de la participación de la población campesina en la movilización, y el desarrollo de una esfera relativamente autónoma de iniciativa y de acción campesina, y, consecuentemente, la emergencia de un liderazgo en gran parte independiente de afiliación y de vinculación político-partidaria.

Esto no quiere decir, que la acción de los agentes urbanos y de agentes con militancia partidaria, hubiera sido eliminada o hubiera decrecido. Lejos de eso, la participación de agentes urbanos, con afiliación partidaria o no, no hizo sino intensificarse y ampliarse.

Sin embargo, el hecho efectivo es que la extensión geográfica y social de la participación campesina y el desarrollo de una estructura organizativa de gran eficacia, sobrepasó la capacidad de las organizaciones políticas o de los agentes urbanos de controlar o de influir directamente en todos los casos, y permitió al campesinado erigirse como fuerza política no enteramente manejable por los partidos u organizaciones políticas urbanas, respectivamente.

Diversos factores han intervenido en la generalización de la movilización, y en la relativa autonomización de los movimiento, actuando de manera paralela y convergente.

En el caso colombiano, la generalización de la participación campesina en la lucha armada, fue la obra de los partidos tradicionales. Su autonomización, el resultado de la retirada de los terratenientes o de sus agentes, ante las consecuencias de la conducta campesina que habían conseguido desencadenar. La conversión de la lucha campesina en un alzamiento de clase, la acción represiva del Ejér-

cito y el apoyo de los terratenientes a tal acción, una vez generalizada la violencia.

En el caso boliviano, el factor decisivo parece haber sido la eficacia y el poder de la estructura de poder levantada por las milicias y los sindicatos campesinos, hasta un punto tal que permitía al liderazgo erigirse como una fuerza inmensa organizada y armada, y presionar en su beneficio sobre el liderazgo partidario o estatal. La generalización, fue principalmente la obra del campesinado mismo, que tomó por su cuenta la consigna lanzada por los grupos revolucionarios: toma de la tierra y organización de milicias armadas. Los grupos revolucionarios carecían en todos los casos, de la capacidad organizativa y numérica para controlar o influir directamente en la extensión de la movilización campesina. En verdad, las milicias armadas campesinas se desarrollaron hacia la autonomía, al modo como un ejército se desarrolla en la misma dirección hasta convertirse en una fuerza política por propio derecho, aunque en el caso de las milicias bolivianas, la sistemática política de corrupción y de fomento de los caudillismos locales por el MNR, limitó la eficacia de este desarrollo.

De todos modos, las milicias campesinas bolivianas son el caso más destacado de autonomización del movimiento campesino, y representan el sustituto de un partido político campesino. Lo muestra el hecho de que en la actualidad, buena parte del liderazgo miliciano ha trasladado su alianza al Frente Nacional producto del golpe militar, lo que quiere decir que su dependencia política o partidaria del MNR era precaria; se trata mucho más de una alianza política, entonces como ahora.

En el caso brasileño, la generalización de las "ligas camponesas", particularmente, son el más relevante ejemplo de que la generalización del movimiento tuvo que ser, sobre todo, la obra del campesinado mismo. Originada en la acción de un hombre sin aparato político organizado, y con la hostilidad de los partidos reformistas o revolucionarios tradicionales, el movimiento de las "ligas camponesas", sin embargo llegó en un momento a cubrir una vasta región de ese país, y a agrupar a centenares de miles de campesinos bajo sus banderas. Juliao no tenía ningún medio que le permitiera participar directamente en el proceso de esta rápida difusión del movimiento que originó, ni la posibilidad de controlarlo totalmente, una vez extendido. En la actualidad, Juliao está fuera de Brasil, no ejerce ya ninguna influencia importante. El movimiento camponés se ha pausado y reducido, bajo las nuevas circunstancias políticas. Sin embargo, existe organizadamente, y publica un periódico; "El Cam-

pesino". No depende de otro control que el de su propio liderazgo.

El desarrollo de la sindicalización campesina del Brasil, conducido principalmente por los grupos católicos de izquierda y por el Partido Comunista, siguió un curso semejante. Particularmente en el caso de los sindicatos influidos por los católicos de izquierda, se trata de un proceso fomentado, apoyado y orientado nacionalmente por ellos, pero en cuyo proceso de vasta generalización no pueden haber estado presentes en todas partes, en tanto que el movimiento católico de izquierda brasileño, no pertenece a la Iglesia, no está controlado por ella, ni consiste en un movimiento con una estructura organizativa nacional. Sin embargo, bajo su influencia general, indirecta, los propios campesinos han logrado levantar un enorme movimiento sindical, que sólo en Pernambuco agrupa a 200,000 de ellos.²²

En el Perú, el movimiento campesino tomó la forma de la sindicalización, en un sector, y de invasiones de tierras, de otra parte. Ambos procesos se superponen, pero no coinciden en todos los casos. La mayor parte de las invasiones de tierras fue llevada a cabo por las "comunidades indígenas" después de los acontecimientos de la Convención.

No se dispone de datos seguros para calcular el número de sindicatos campesinos organizados en los últimos diez años, a partir de la experiencia de Blanco, ni el número exacto de las invasiones de tierras que se han producido a partir de 1960 por la acción de los sindicatos y de las comunidades.

No obstante, la información parcial disponible, permite saber que entre los años de 1962-63 solamente, se produjeron no menos de doscientas invasiones de tierras de haciendas, en su mayor porcentaje por obra de las "comunidades indígenas". Las informaciones periodísticas indican que en cada caso participaban entre 500 y 3,000 campesinos, y la tierra invadida que ha sido retenida por los campesinos sobrepasa las 50,000 hectáreas.²³ Esto es, solamente en dos de los años de la movilización, y contando solamente la población participante en las invasiones de tierras por comunidades, lo que descarta el volumen de población sindicalizada que no invadió las tierras, se tiene más de doscientos mil campesinos movi-
lizados.

En ese momento, los partidos reformistas urbanos se oponían violentamente a las invasiones. Los partidos y grupos revolucionarios no tenían entonces, ni tienen ahora, la capacidad organizativa y numérica suficiente para haber intervenido de manera directa en este proceso, salvo en pocos casos.

La generalización nacional del movimiento campesino peruano de los últimos años, fue de hecho la obra del propio campesinado. En esto se funda la amplia independencia del movimiento respecto del control urbano partidario, y la presencia de un liderazgo campesino cuya menor parte tiene filiación partidaria o vinculación efectiva de este tipo.

2.3 La coordinación y la centralización de las organizaciones

De hecho, los intentos de coordinación y centralización están presentes desde los primeros momentos de la emergencia de la movilización campesina. Sin embargo, la plena actuación de la tendencia se manifiesta realmente, sólo a partir de la fase de generalización del movimiento.

Es importante destacar, a este respecto, que esta fase de coordinación y de centralización de las organizaciones aparecidas en el desarrollo del movimiento, se lleva a cabo por una convergencia de los esfuerzos de las propias organizaciones del campesinado, y de los grupos y movimientos políticos que influyen en el seno del movimiento.

En el proceso del enfrentamiento contra los terratenientes y contra la acción represiva de los gobiernos, en unos casos, y en la búsqueda de un medio de influencia efectiva sobre el poder político, las organizaciones campesinas son empujadas a coordinar sus acciones para un mutuo respaldo. Pero, al mismo tiempo, tienden a recurrir al apoyo de las organizaciones políticas urbanas, con el objeto de lograr expresión pública nacional, respaldo político más amplio y asesoría organizativa.

Por esta última razón, las organizaciones del campesinado tienden en amplia medida a la politización definitiva, puesto que la influencia de los grupos políticos en la tarea de coordinación y centralización de las organizaciones, implica en cierta forma, más o menos efectiva según los casos, que el liderazgo de mayor nivel de las organizaciones centralizadoras y coordinadoras caiga bajo el control de los grupos u organizaciones políticas mayores, o dependa en muy alto grado de su influencia.

Estos factores permiten, de otro lado, que las diversas agrupaciones políticas urbanas, traten de canalizar por su lado respectivo la acción de las organizaciones campesinas, en la medida de su capacidad de influencia sobre el campesinado, de su prestigio ante él.

De allí, también, que el desarrollo de la tendencia a la coordinación y a la centralización se lleve a cabo de manera incompleta

e incoherente. Por una parte, en tanto que la centralización bajo un liderazgo perteneciente a una tienda política determinada implica una cierta politización definida, una banderización, muchas de las organizaciones campesinas resisten la tendencia a la centralización, particularmente las que fueron el resultado de la propia acción del campesinado, es decir, fuera de la directa participación de los agentes urbanos. De otra parte, inevitablemente, aparecen varias vertientes de coordinación y de centralización, según las divergencias ideológico-políticas de las organizaciones políticas urbanas que influyen en el proceso.

Como consecuencia de lo primero, buen número de las organizaciones campesinas, se mantienen al margen del proceso de centralización, y participan en una forma de coordinación precaria, para ciertas acciones y finalidades concretas. Esto, supone que la centralización y coordinación no son completas.

Como consecuencia de lo segundo, surgen organizaciones de centralización y coordinación de las organizaciones campesinas opuestas entre sí, con dificultades de coordinación de sus acciones y finalidades, según su dependencia de liderazgos politizados en una u otra dirección.

De todos modos, el hecho significativo es que, aun considerando los límites observados, la tendencia más pronunciada en esta fase es romper el aislamiento entre las organizaciones campesinas y entre las diversas tendencias que operan en su seno, sobrepasando las antiguas dispersiones locales, características de las etapas prepolíticas de la movilización.

Como resultado de esta tendencia a la coordinación y a la centralización de las organizaciones campesinas, han surgido en los países donde existen movimientos de muy alto desarrollo, como Colombia, Bolivia, Brasil y el Perú, diversas formas organizativas de centralización: federaciones sindicales, federaciones de comunidades campesinas, consejos de ligas camponesas, comandos milicianos y comandos guerrilleros.

En el Perú, existen dos Confederaciones Nacionales de Campesinos y Federaciones Regionales de Comunidades Indígenas, que pertenecen a las centrales nacionales del campesinado. En Bolivia, las milicias campesinas están centralizadas alrededor de comandos regionales de milicianos, y los sindicatos se agrupan en una Confederación Campesina que forma parte de la Central Obrera Boliviana. En Colombia las bandas y las guerrillas se unificaron en Comandos Regionales, que controlaban y coordinaban las acciones de las organizaciones de vastas regiones. En Brasil, las Ligas

Camponesas se centralizaron en un Consejo de Presidentes de Ligas Camponesas y los sindicatos se centralizan dentro de Federaciones Regionales.

Estas redes de organizaciones de coordinación y de centralización de las organizaciones campesinas que surgen en los movimientos de los diversos países, en la práctica significan una forma de institucionalización definitiva de las organizaciones campesinas, y la aparición de una estructura nueva de poder en la subsociedad campesina.

De esta manera, la antes atomizada y dispersa masa campesina de nuestras sociedades ha ingresado plenamente en una época de cohesión organizada, es capaz de mantener una activa red de organizaciones locales que se coordinan y se centralizan en una estructura nacional o regionalmente jerarquizada, y hace su ingreso en la participación diferenciada en el cuadro de conflictos sociales latinoamericanos. A nivel de su liderazgo mayor en los escalones más altos de sus organismos nacionales, se politiza plenamente y, de ese modo, participa en la disputa del poder político nacional. Sin duda, esta fase de cristalización de una estructura organizativa coordinada y centralizada, a través de la cual el campesinado, a pesar de su dispersión entre diversas banderías político-ideológicas, participan en la presión sobre el poder político reclamando sus propios intereses, o en la abierta disputa por el poder político global de la sociedad nacional, es lo que otorga todo su peso a la caracterización de las nuevas tendencias de la movilización campesina de los últimos años, como una tendencia de politización. Es, también, la que otorga a estos movimientos su más importante significado sociológico, como se verá en su lugar.

Así, la organicidad, la modernización de las organizaciones y de las formas de la lucha, la generalización a escala nacional, la coordinación y la centralización, su carácter no-espontáneo, la ruptura creciente con ideologías de tipo feudal-religioso, la politización creciente de sus niveles más desarrollados, y la institucionalización de una nueva estructura de poder que compite con la estructura tradicional de poder en el campo, pueden ser destacados como los elementos y patrones dominantes de los movimientos campesinos contemporáneos en Latinoamérica.

2.4 *Notas sobre el liderazgo campesino contemporáneo en Latinoamérica*

Uno de los vacíos más importantes del material empírico, en general poco adecuado, de que se puede disponer sobre los movimientos campesinos actuales en la región, concierne al liderazgo de

sus organizaciones. No existe la posibilidad de hacer ninguna generalización, ni siquiera a título aproximativo, acerca de la procedencia socio-económica y cultural de los líderes, de la estructura demográfica de su conjunto; débiles inferencias pueden ser organizadas sobre sus motivaciones concretas, los límites de sus aspiraciones, su actitud o su opinión acerca de los problemas a los cuales se enfrentan, su mayor o menor independencia político-ideológica, sus relaciones con el liderazgo de las organizaciones políticas urbanas, y muy poco acerca de los mecanismos de reclutamiento y de ejercicio del liderazgo.

Por estas razones, las consideraciones que siguen deben ser consideradas totalmente como hipótesis parciales muy tentativas, formuladas con ánimo de estimular la investigación en este terreno, y fundadas casi enteramente en la experiencia peruana, y algo sobre la experiencia brasileña.

1. Dos rasgos demográficos parecen ser los predominantes en la composición del liderazgo rural actual: la hegemonía masculina y la juventud. Mientras que lo primero podría significar la continuidad de los patrones que guían las relaciones sociales entre los sexos en el campo, lo segundo puede ser considerado como una ruptura con ellos. El autor ha encontrado un solo caso de liderazgo femenino en el Perú, en el departamento de Ayacucho, sierra del sur. Era una mujer analfabeta de alrededor de cuarenta años, que tenía una completa adhesión de su comunidad, dirigió la toma de las tierras de la hacienda cercana, viajó a Lima a una reunión de los líderes comunales con el Presidente de la República, que ella comentó con terrible ironía mostrando dos instrumentos de labranza que le fueron entregados como aporte oficial al progreso de su comunidad.

2. En el Perú existe una notable heterogeneidad socio-económica y cultural del liderazgo, decreciendo en las zonas de más densa población indígena entre el campesinado. No obstante, en términos generales, pueden hacerse algunas distinciones, según las tendencias más importantes del movimiento campesino peruano.²⁴

La tendencia agrarista tradicional, sirve principalmente al proletariado rural en las zonas más modernizadas y más urbanizadas, en general, como la costa peruana. Por consecuencia, su liderazgo se recluta de esta capa del campesinado, que culturalmente corresponde a la población criolla del país, y en menor escala a la población chola. El liderazgo de los mayores niveles de las organizaciones parece ser notablemente urbanizado, y con alta proporción alfabeta. Podría afirmarse que éste es el liderazgo más homogéneo entre el movimiento campesino.

La tendencia agrarista moderna o radical, recluta sus participantes entre el campesinado de las haciendas tradicionales de la sierra y de las comunidades indígenas, y los minifundiarios que, en parte, se confunden con la población de las comunidades indígenas. El liderazgo, parece reclutarse entre las capas socio-económicas intermedias entre los colonos sin tierra de las haciendas, y los medianos y grandes propietarios, particularmente entre las poblaciones cuyas actividades no terminan en la agricultura, como pequeños comerciantes y artesanos. Desde el punto de vista cultural, la capa predominante en el liderazgo es en general la capa chola del país, con gran influencia urbana por lo tanto. En las zonas de más densa población indígena, el nivel de cholización del liderazgo es algo menor, pero siempre alto en los niveles mayores del liderazgo organizado.

El liderazgo agrarista revolucionario, no se diferencia socio-económicamente del liderazgo agrarista radical, aunque desde el punto de vista cultural, son mucho más claramente cholos y con más alto grado de urbanización.

3. Lo anterior, permite inferir que el liderazgo del campesinado en las tendencias más modernas y más politizadas, se recluta en las capas económico-sociales intermedias, cuyos roles agrícolas se combinan con roles económicos de carácter no-agrícola, variando según el contexto económico-social de las regiones, y que desde el punto de vista cultural, corresponde también a las capas intermedias entre la ciudad y el campo, es decir, son semi-urbanos o han sido expuestos más intensamente que otros a la influencia urbana, y en los países con subculturas campesinas de procedencia indígena, pertenecen a las capas culturales intermedias o de transición, como en el caso del cholo en el Perú.

Este parece ser el caso del liderazgo camponés y sindical en el Brasil, aunque el segundo corresponde mucho más a la capa del proletariado agrícola.²⁵ El liderazgo miliciano boliviano, puede ser incluido en esta misma situación; no existen elementos de juicio acerca del liderazgo bandolero y guerrillero de Colombia.

La composición socio-económica y cultural del liderazgo campesino parece, en general, variar según las regiones en que actúa el movimiento, y según los niveles de liderazgo en las organizaciones.

4. Parece existir una correspondencia entre el grado de politización ideológica y la dependencia del liderazgo urbano, en la medida en que una acentuada politización ideológica conduce a la militancia partidaria o a la dependencia del control y a la orientación de los partidos o grupos políticos urbanos. No obstante, es

en la tendencia agrarista tradicional que apareja un tipo de liderazgo más dependiente.

5. Las relaciones entre la masa y el liderazgo de los movimientos, parecen estar influidas por dos factores mayores: la heterogeneidad social de la masa y las motivaciones concretas de los líderes. En el caso peruano, se puede apreciar que cuanto más homogéneamente india y enfeudada es la masa, su control sobre su liderazgo, su capacidad de presión sobre él resulta tanto más consistente. Por otro lado, cuanto más heterogénea es socio-económica y culturalmente la masa del movimiento, el liderazgo aparece menos controlado y presionado por la base y con mayor autonomía decisoria. En este caso, los líderes revelan también motivaciones concretas relacionadas mucho más con su propio interés, que con los intereses generales del movimiento. Significativamente, este tipo de líderes ejerce actividades urbanas: comerciantes, tenderos, artesanos, etcétera y ninguna actividad agrícola efectiva, tienen un alto grado de urbanización y ambiciones sociales y políticas manifiestas.²⁶

6. Los mecanismos de reclutamiento y de ejercicio del liderazgo, parecen variar según la clase de organizaciones dentro de los movimientos.

Para los sindicatos, aparecen mecanismos de tipo electivo, cuyos criterios se apartan de los criterios de selección del liderazgo comunal tradicional. En las bandas, las milicias y las guerrillas, no existe la elección sino excepcionalmente, y en todo caso, las bases de las organizaciones no participan en el proceso. En las organizaciones comunales, existe una continuidad de los patrones electivos tradicionales, siguiendo los criterios sociales usuales. Sin embargo, en el caso del Perú, parece producirse un desplazamiento del liderazgo formal tradicional en el curso de las acciones y del desarrollo de la coordinación y de la centralización, para ser sustituido por un liderazgo fundado en las características individuales del líder más bien que en elementos sociales externos; es decir, hay una aproximación a los criterios de selección del liderazgo sindical, miliciano o guerrillero.²⁷

7. En determinadas condiciones, como la división político-ideológica, una débil estructura de coordinación y de centralización tiende a surgir el caudillismo o caciquismo local en el liderazgo. Las motivaciones del liderazgo, en tal situación, corresponden mucho menos a las de los campesinos de base, aunque para apoyarse en ellos tienen que expresar de manera limitada los intereses generales.²⁸

3. EL SIGNIFICADO SOCIOLOGICO DE LA MOVILIZACIÓN CAMPESINA CONTEMPORÁNEA

El apretado recuento precedente de las tendencias y patrones de desarrollo de las actuales movilizaciones del campesinado en Latinoamérica, permite ahora poner de relieve dos procesos, analíticamente desglosables, que en la realidad forman un único y viviente complejo: la diferenciación de intereses y la organización de intereses.

Lo primero implica, fundamentalmente, el desarrollo de una nueva conciencia social entre las poblaciones campesinas de algunos países de Latinoamérica, que se va generalizando, profundizando y ampliando en sus alcances.

La conciencia social tradicional del campesinado latinoamericano, estaba dominada por lo que hemos llamado un modelo feudal-religioso de interpretación de la realidad social y de su propia situación dentro de ella. Era pues una falsa conciencia, una alienación psicológico-social.

Durante centurias, las clases dominantes en la subsociedad campesina, que coincidían normalmente con las clases dominantes a nivel global, se esforzaron en fortalecer por diversos medios estos modelos de interpretación de la realidad social, a través de una política religiosa, educativa y a través de la imposición de valores y de normas correspondientes en las relaciones sociales, particularmente sobre las poblaciones campesinas de raigambre indígena.

La persistente hegemonía de estos modelos feudal-religiosos de conciencia social entre el campesinado, fue apoyada por la dispersión y la atomización localista de esta población, por la enorme distancia social y cultural entre la ciudad y el campo, por la ausencia de medios de comunicación rápidos y masivos. Probablemente también, en parte fue fortalecida por los repetidos fracasos de los precarios y aislados intentos de rebelión, sobre todo en tanto que estos intentos perseguían fines sólo indirectamente vinculados con la situación real y sus factores concretos.

Por el contrario, en la presente etapa, las finalidades manifiestas en la acción efectiva, en las consignas de la agitación campesina, en las resoluciones elaboradas en sus reuniones y congresos, en su literatura política, así como en los métodos de acción y de organización, revelan un proceso de ruptura creciente con estos modelos ideológicos, y el desarrollo de un nuevo modo de definir la situación social general y la situación del campesinado en particular, que contiene elementos de orientación de la conducta en términos largamente diferentes de la tradicional.

Este nuevo marco de definición de las situaciones y de orientación de la conducta campesina, es lo que constituye un nuevo tipo de conciencia social. ¿Cuáles son los elementos básicos de esta nueva conciencia social?

En ausencia de material adecuado de información, elaborado sistemáticamente en esta dirección, sólo nos está facultado hacer algunas inferencias provisorias, a partir de las manifestaciones objetivas de la conducta campesina.

1. En primer lugar, comprobamos que, en cualquiera de sus tendencias actuales, los campesinos han desarrollado formas modernas de organización, ya sea adoptando los modelos urbanos, o reinterpretándolos según sus necesidades, o flexibilizando y adaptando sus modelos tradicionales para finalidades distintas. Sindicatos, ligas campesinas, sindicatos populares, "comunidades indígenas" con liderazgo no tradicional, bandas, milicias, guerrillas. En esta capacidad de generar y desarrollar estructuras organizativas modernas o modernizantes, el campesinado pone de relieve la presencia de patrones nuevos de interacción interna y con los demás sectores sociales, y el abandono de los patrones prescritos por la conciencia tradicional.

2. Desde sus formas más limitadas hasta las más radicales, estas organizaciones se generan con la finalidad específica de la modificación de la situación, limitada a pocos aunque importantes sectores en los niveles reformistas tradicionales, y enderezada a la modificación total de la situación social por la captura del poder local total, en sus niveles más radicales. Es decir, el orden social ya no es más considerado inmutable, y su legitimidad ya no sólo se pone en cuestión, sino es rechazada definitivamente.

3. Al organizar sindicatos para presionar por el mejoramiento de las relaciones de trabajo, aún se expresaba una cierta aceptación del orden más general. Pero las invasiones de tierras y la organización de estructuras de poder que desafían el poder tradicional local y nacional, indican que la situación social ya no se define y explica según elementos indirectos o limitados, sino según los factores reales decisivos —la propiedad de la tierra— y según un modelo que explica la situación global por una percepción del conjunto de los factores básicos y de su interdependencia —la organización de estructuras totales de poder local o regional—, no importando cuán rudimentaria y qué tan poco estructurada pueda ser la percepción real.

4. El desarrollo de estas formas de percepción global de los factores básicos y de sus interrelaciones, para dar cuenta de la situación, pone de relieve el hecho decisivo del reconocimiento de la existen-

cia de un interés social derivado de esta situación social; o, en otros términos, se revela un proceso de identificación de intereses sociales.

5. El hecho de que las acciones directas o las presiones indirectas de las organizaciones campesinas, se lleva a cabo no solamente contra terratenientes aislados, sino en general contra los terratenientes, muestra que se desarrolla un proceso de identificación de los intereses sociales más directamente enemigos y, lo que es más importante, se percibe a los enemigos no como aislados sino como formando parte de un sector de intereses sociales diferenciado de los demás.

6. Finalmente, en tanto que se esfuerzan por la coordinación y la centralización de sus organizaciones, los campesinos manifiestan su percepción del hecho de la comunidad, de sus intereses frente al sector directamente enemigo, sobrepasan las lealtades regionales o locales y las discontinuidades étnicas y culturales para esa finalidad común. Esto es, comienzan a reconocerse como un sector de intereses sociales comunes, *ergo*, como grupo.

7. Se trata, pues, de la emergencia y desarrollo de una conciencia de grupo entre las poblaciones campesinas de ciertos países latinoamericanos, que se puede caracterizar por el momento como una conciencia social realista, en general, por contraposición a la conciencia feudal-religiosa.

Debiera ser obvio, aunque quizás sea necesario decirlo dada una cierta fijación ahistoricista entre algunas gentes, que este proceso de desarrollo de una nueva conciencia social entre los campesinados, su cristalización como una conciencia de grupo, no puede ser de ninguna manera un proceso lineal y coherente, ni puede ser posible que las diversas capas económico-sociales y culturales, con sus diferenciaciones regionales y nacionales, participen de la misma manera y en el mismo nivel en este marco de orientación de la conducta, ni puede ser posible que esta conciencia social realista, llegue a ser formulada y expresada de manera racionalizada y coherentemente estructurada.

En la práctica, es sin duda probable la superposición de elementos de esta nueva conciencia con los de la conciencia tradicional, aun en los niveles más desarrollados del liderazgo *campesino* del movimiento. Lo que importa, no obstante, es que según todos los indicios, la tendencia a la difusión y a la cristalización de un nuevo tipo de conciencia social puede ser abstraída de la realidad de los movimientos campesinos contemporáneos de Latinoamérica.

La investigación empírica deberá encargarse de descubrir los límites reales de esta tendencia, sus elementos efectivos, el modo de

participación de los diversos sectores de la población campesina en los diversos países, y las formas simbólicas de su manifestación.

3.1 *La organización de intereses*

En este terreno, estamos en presencia de formas muy concretas y objetivas de manifestación, que eliminan toda vacilación.

La movilización campesina contemporánea no ocurre de manera difusa, dispersa e inorgánica, como era el caso de las esporádicas revueltas locales contra los terratenientes o las autoridades locales, en que una masa desorganizada se enfrentaba en la lucha. Ahora se asiste a la proliferación de diversas formas organizativas, cuya más importante característica es la tendencia a la modernización y a la estructuración más formalizada.

Es decir, el campesinado está generando y desarrollando vehículos organizados de expresión de sus intereses, y los usa como instrumentos muy efectivos de presión y de lucha por los objetivos implicados en esos intereses: la redistribución de la tierra, en primer término; pero en las tendencias más avanzadas, por la redistribución del prestigio y del poder en el campo y, en última instancia, por su participación en la disputa por el poder global en la sociedad.

Pero no solamente se han generado diversas estructuras organizativas para instrumentar los intereses campesinos. Estas organizaciones ya no están más aisladas, sino que se incorporan a una red organizativa, que coordina y centraliza a escala nacional o regional amplia, las organizaciones locales.

De esa manera, se establece una estrecha interdependencia efectiva entre la conducta de las diversas regiones y de las diversas capas del campesinado. Una estructura de relaciones efectivas aglutina a la población campesina en su conjunto, y al paso de su desarrollo se generan instituciones normativas para regir estas relaciones, muchas de las cuales se establecen deliberadamente y encuentran expresión formalizada, por ejemplo, en las reglamentaciones de las asambleas y de los organismos de coordinación y centralización de las organizaciones campesinas.

Los movimientos campesinos son, pues, un sistema de coordinación y de organización de los intereses del campesinado, y de instrumentación de un nuevo modo de participación en la sociedad. Constituyen un proceso de desarrollo y de cristalización de una estructura de relaciones de grupo.

Así, la diferenciación de intereses propios y enemigos, y la coordinación, organización e instrumentación de los intereses del

grupo propio y de sus fines, son los dos aspectos más significativos del proceso actual.

El desarrollo de la conciencia social realista, se fortalece a medida que se desarrollan más idóneas estructuras organizativas, que permiten fortalecer la movilización, hacer participar a más amplias capas de la población campesina, que ingresan también a participar en la elaboración de esta nueva conciencia social. De igual modo, sólo en tanto que esta nueva conciencia social se clarifique, se fortalezca y se haga coherente, y encuentre alguna forma de expresión formal, es posible el fortalecimiento de las organizaciones, su constante adecuación a las circunstancias, y la clarificación de la orientación de la conducta de las poblaciones participantes.

Se puede, en consecuencia, sostener que las movilizaciones constituyen un proceso de emergencia y desarrollo de un nuevo grupo diferenciado y organizado de intereses sociales. Las hasta aquí dispersas y atomizadas masas que formaban la población campesina, han ingresado en un proceso de “grupualización”

Esta emergencia del campesinado como un sector específico de intereses sociales, diferenciado y organizado, dentro del conjunto de sectores diferenciados de interés en las sociedades latinoamericanas, implica un problema de gran interés en la teoría sociológica. ¿Qué clase de grupo está desarrollándose entre la población campesina, a través de este proceso de “grupualización”?

En la teoría sociológica contemporánea, las diversas formas de diferenciación y organización de intereses sociales fundamentales, se suelen agrupar bajo las denominaciones de estamentos, castas, clases y *status* (*stand*).

Bajo las presentes condiciones de las sociedades nacionales latinoamericanas donde se desarrolla este proceso, no parece correcto pensar en la posibilidad de emergencia de estamentos o castas, ni sería apropiado considerar como un grupo de *status* al conjunto de la población campesina, con su diversa composición socio-económica, cultural, étnica, que participa en el proceso.

Desde este punto de vista, el marco de referencia más apropiado para dar cuenta de la significación sociológica de este proceso, es la teoría de las clases sociales y de la lucha de clases, derivada de Marx.

Con arreglo a este enfoque, puede decirse que el actual proceso que atraviesa el campesinado de algunos de los países latinoamericanos, consiste en un proceso de “clasificación” del campesinado, esto es, su diferenciación y organización como clase social entre las demás. En términos de Marx, este proceso consiste en el pasaje de

las poblaciones campesinas de una situación de clase en sí a una clase para sí. Los elementos característicos de este pasaje son la diferenciación y la organización de intereses, o, en otros términos, el desarrollo de una conciencia social de grupo, fundada en modelos de interpretación de la realidad social sobre la base de los factores efectivos que controlan la situación, y la generación de una estructura organizada de expresión y de instrumentación de los intereses sociales del grupo en la sociedad.

La verificación de esta tendencia, sobrepasa en interés y significación, las finalidades concretas del análisis de los movimientos campesinos. Sus implicaciones de mayor alcance recaen sobre la teoría misma de las clases sociales y sobre la teoría del cambio social vinculada a ella.

De una parte, es bien sabido que para el propio Marx,²⁹ no eran claras las posibilidades del campesinado, de desarrollarse hasta el nivel de una clase social, teniendo en cuenta su forma de producción o su forma de participación en el proceso de producción, su aislamiento social y cultural, su dispersión en lealtades localistas, la carencia de un sistema de comunicaciones que permitiera generalizar a todas las capas y subgrupos locales, los elementos básicos de una conciencia social de grupo, sobre cuya base pudiera desarrollarse un sistema organizado de expresión e instrumentación de los intereses del campesinado.

Por eso mismo es interesante sacar a luz los factores y circunstancias nuevas que han permitido al campesinado sobrepasar estas limitaciones e ingresar en una tendencia de *clasificación*.

De otro lado, es evidente que, si se admite la hipótesis, ello constituye un fenómeno radicalmente nuevo en el proceso de cambio de las sociedades latinoamericanas, y sus consecuencias y sus implicaciones para los campesinos y para el resto de la sociedad, deben ser exploradas y vigiladas atentamente en adelante.

En un reciente estudio sobre el movimiento campesino brasileño, Benno Galjart ha sostenido la tesis de que ese movimiento no puede ser enfocado según la teoría de las clases sociales y de los conflictos de clase, en tanto que los sindicatos y las ligas camponesas en ese país, se han originado por la acción de grupos urbanos y existen en dependencia de ellos y de los sectores dominantes de interés en la sociedad. Por esa razón, Galjart reclama que se trata de un "seguidismo" social, una prolongación de los tradicionales patrones de relación entre los grupos dominantes y los dominados, donde el paternalismo de los unos y la condición de clientes de los otros, se corresponden plenamente.³⁰

Es cierto, como se ha visto, que la totalidad de las movilizaciones campesinas se ha originado por la acción de agitación y de organización de grupos urbanos. En algunos sectores y tendencias de los movimientos, es cierto también que su desarrollo se debió a una cierta disposición favorable de los gobiernos, a su pasividad intencionada, y aun a su iniciativa efectiva a través de leyes y otras medidas. Y esto último podría configurar algo como un "seguidismo"

A despecho de Galjart, sin embargo, es cierto también que: 1) la acción efectiva de los gobiernos propició la movilización organizada de los campesinos, solamente en algunos contados países y en una etapa anterior a la aparición de los movimientos más importantes de la actualidad. El caso más importante, fue Guatemala.³¹ 2) La actitud y las medidas del gobierno de Goulart, fueron no el origen sino el resultado de la organización y de la presión de las organizaciones campesinas, y en primer término de las ligas camponesas de Juliao. 3) En todos los demás casos importantes, Bolivia, Perú, Colombia, sin excepción, las medidas gubernamentales fueron la consecuencia de la acción decidida del campesinado para hacer valer sus intereses: la organización violenta de milicias campesinas en Bolivia, impuso al MNR la necesidad de aceptar el hecho consumado de las tierras tomadas por los campesinos; en Colombia, las tímidas medidas tendientes a la reforma agraria, son la consecuencia directa de las bandas y guerrillas campesinas; en el Perú, las invasiones de tierras de las haciendas, la organización de un poder campesino fuerte en ciertas regiones como el Cuzco, obligó al gobierno a dar los primeros e ineficaces pasos en la dirección de la reforma. 4) La máxima indicación de lo anterior, es el hecho de que las únicas medidas reales de reforma agraria o de legalización de las organizaciones campesinas, se ha producido en las zonas de más intensa agitación y organización campesina. 5) Todo ello sirve para demostrar que lejos de una actitud paternalista, las medidas de los gobiernos en estos cuatro países donde existen los principales movimientos campesinos organizados, ha sido en cada caso el resultado del temor y de la necesidad de ceder lo indefendible para conservar lo demás, hasta donde y cuando sea posible. 6) En los casos en que el movimiento campesino ha aparecido sosteniendo a un régimen político como en Bolivia, o beneficiándose de cierta actitud favorable del gobierno, como en el Brasil de Goulart, tal actitud y tal conducta del campesinado, se explican en razón de que tales regímenes, cada cual a su modo, admitía y podía contribuir a las finalidades generales del campesinado. 7) Mientras que en todas las épocas

anteriores, el campesinado podía ser movilizadado para fines distintos y aun enemigos de los suyos, en la actualidad, el campesinado aparece vinculado solamente a tendencias políticas o gobiernos que, en cualquier medida, coinciden con los intereses campesinos, la reivindicación de la tierra en primer lugar, y aparecen aliados o dependientes de movimientos políticos que enarbolan la bandera de la reforma agraria. 8) En ninguno de los casos importante actuales, se puede encontrar al campesinado como conjunto, luchando al lado de intereses enemigos directamente, como los terratenientes.

No se puede, por eso, compartir la concepción de Galjart acerca del "seguidismo social" del campesinado, y de la mera continuidad bajo otra vestimenta, de los viejos patrones de paternalismo y clientela, para movimientos como los mencionados.

¿O es la misma cosa el movimiento de las "ligas camponesas" luchando por la tierra en contra de los terratenientes, o las invasiones de tierra en el Perú, que la participación de los campesinos colombianos en la primera fase de la "violencia" colombiana, matándose entre sí al servicio de dos fracciones de la clase enemiga? En otro nivel, ¿es lo mismo el movimiento sindical bajo el agrarismo reformista tradicional, y la dependencia de su liderazgo respecto de partidos reformistas, como el Apra y la Acción Democrática, que la participación de centenas de miles de campesinos invadiendo haciendas bajo la conducción de líderes urbanos revolucionarios, pero sobre todo bajo la dirección de sus propios líderes y de sus propias organizaciones tradicionales como las "comunidades indígenas", en el Perú?

El argumento de la agitación de origen urbano como factor de desencadenamiento de la movilización campesina, no sirve tampoco de mucho a su enfoque. Es indispensable recordar lo sabido: la historia del desarrollo de las clases dominadas como clases, de su participación en la lucha por el poder, muestra que en todos los casos, eso fue en muy gran parte, pero sobre todo en su desencadenamiento, el resultado de la actuación de miembros de otras clases, aun de sectores desprendidos de la clase dominante. Y fue Marx el primero en señalarlo.

El proceso de elaboración y desarrollo de una conciencia de clase entre los miembros de una población determinada, ha sido en todas partes y en todos los tiempos en que se dio el fenómeno, originado desde fuera. ¿No es éste, el caso del desarrollo de la burguesía como clase dentro de la sociedad feudal, y de la clase obrera en la sociedad burguesa? ¿De dónde este reclamo de "espontaneísmo" y de auto-

nomía absoluta de los grupos sociales que se desarrollan como clase?

Lo que da a un sector determinado de la población de una sociedad su carácter de clase, no es solamente su situación frente a los medios de producción, un tipo de participación en el proceso productivo, a través de ciertos roles genéricos y de ciertos roles específicos, su mayor o menor participación en el acceso a los bienes de todo orden que la sociedad produce y obtiene. Esto configura únicamente una situación social que contiene un conjunto de elementos que se denominan intereses de clase. Sólo cuando la población sometida a esta situación, ha desarrollado la capacidad de percibirse como grupo sometido a una situación común y, por lo tanto, con una comunidad de intereses sociales, y ha aprendido a generar sistemas de coordinación y organización de tales intereses generales de grupo, y a subordinar en los enfrentamientos de grupo los intereses de cada uno de sus múltiples y heterogéneos subgrupos, puede hablarse del proceso de una clase como tal.

Es decir, cuando se ha desarrollado entre una población sometida a una determinada situación en la sociedad, la conciencia de que constituye un grupo distinto de los demás por su situación social, y que ciertos de los intereses que tienen sus miembros son intereses comunes a todo el grupo y cuando surge una instrumentación organizada para estos intereses y los objetivos que de ellos se derivan, existe un proceso de clase. El desarrollo de este proceso está en íntima relación con el enfrentamiento entre el grupo y los demás en la lucha por sus propios objetivos de grupo. Es en la lucha que el grupo aprende a distinguir cuáles son los otros grupos de interés en la sociedad, cuáles de ellos son los enemigos más inmediatos y directos, cuáles los intereses cuya alianza puede ser posible o deseable para la finalidad del grupo. Es en ese proceso que aprende a percibirse como grupo, a diferenciar sus intereses y a generar sistemas de organización y coordinación de sus intereses, a desarrollar sistemas de comunicación y de interacción, instituciones normativas de esta interacción de grupo, símbolos comunes e instituciones culturales. El nivel final de su desarrollo como clase es su participación diferenciada en la lucha por el poder total de la sociedad.

Ni la clase es, pues, un fenómeno dado, ni todos los grupos que se desarrollan en un proceso de "clasificación" pueden llegar a convertirse en clase, con todas las implicaciones sociales y políticas que conlleva el concepto; es decir, no son todas las clases que existen o pueden existir en una sociedad determinada, que pueden llegar a disputar por su cuenta y en su propio nombre, el poder en la

sociedad. Este nivel sólo puede ser posible para las clases fundamentales sobre las cuales está montado el sistema en lo fundamental, y desde luego no en todas las épocas.

El campesinado latinoamericano que participa en los más desarrollados movimientos, muestra todos los indicios necesarios de estar incorporando y desarrollando una conciencia de grupo, con todo lo fundamental que eso conlleva, y ha generado una estructura organizada de interacción con las demás clases, pero sobre todo como instrumentos de coordinación y organización de sus miembros en la lucha contra los terratenientes. Parece pues, correcto, interpretar su situación como su ingreso en un proceso de clase.

Eso no elimina el hecho, ya señalado antes, de la superposición de los patrones de conducta tradicional con los nuevos, de los elementos de la conciencia tradicional con los de la nueva. Es decir, si Galjart quiere, no elimina la persistencia del seguidismo social del campesinado en algunos sitios y en algunos momentos. Pero, lo que interesa aquí, es que todo eso no elimina el carácter fundamental del proceso.

Desde luego, el campesinado latinoamericano que participa en estos movimientos, es una población tremendamente heterogénea, económico-social, cultural, étnica, regional y nacionalmente. Sin embargo, esta condición no altera el fenómeno. Los miembros de una población sometida a una situación social común, forman una clase solamente en relación a otros sectores de intereses sociales definidos, con los cuales mantienen una relación conflictual. Los miembros del campesinado de estos países, constituyen una clase frente a un enemigo común, que es la clase terrateniente, por encima de la heterogeneidad de los menores intereses sociales de sus diversos subgrupos en relación a esta lucha.

Por lo demás, es bueno recordar que lo que aquí se sostiene es la existencia de una tendencia, un proceso que gravita en una dirección posible, sin que, por el momento, se haga ninguna anticipación de sus resultados y de sus posibilidades de desarrollo a largo plazo.

El problema fundamental ahora, consiste en averiguar de dónde proceden estos nuevos modelos de interpretación de la situación social, que parecen estar desarrollándose entre el campesinado de algunos países, y qué factores y mecanismos podrían explicar su generalización y su desarrollo hasta bordear la politización revolucionaria, así como la emergencia y desarrollo de una extraordinaria estructura orgánica de coordinación e instrumentación de los intereses y fines del campesinado.

3.2 *Algunos factores que intervienen en la movilización campesina contemporánea*

Una muy difundida corriente de ideas dentro y fuera de Latinoamérica reduce la responsabilidad por las crecientes presiones populares en demanda de cambios radicales en la situación social, a una combinación entre la “explosión demográfica” y el creciente deterioro de los niveles de vida, especialmente en las zonas rurales.

Se puede admitir que estos factores actúan como condiciones necesarias, pero no parecen suficientes para explicar las características y los alcances de las movilizaciones campesinas, particularmente si se tiene en cuenta que este fenómeno no está ocurriendo en muchos países latinoamericanos donde la explosión demográfica es igualmente enorme, y donde los niveles de vida rural, ya tradicionalmente bajos, se vienen deteriorando sin cesar.

Es pues, indispensable, buscar en otra parte los factores que han permitido en determinados países, la emergencia de este nuevo fenómeno de cambio.

Los analistas de los actuales movimientos campesinos coinciden en que éstos se han desarrollado fundamentalmente como consecuencia de la agitación urbana, de la influencia política e ideológica urbana, y existen dependientes de aliados a movimientos políticos de origen y centro urbano. En la primera fase del desarrollo de cada uno de los movimientos aquí incluidos, las primeras manifestaciones de su existencia aparecen estrechamente conectadas a la acción de elementos urbanos, como se ha visto antes.

Este hecho ha servido a algunos analistas, para sostener el carácter “seguidista” del movimiento campesino, y, en consecuencia, la inadecuación de un enfoque proveniente de la teoría de las clases sociales para estudiar estos movimientos sociales. En todo caso no son reacciones enteramente espontáneas del campesinado.

Por la experiencia del periodo anterior, sumada a la nueva situación, se puede concluir que siempre que el propio campesinado ha elaborado un modelo de interpretación del mundo social, distinto que el proporcionado por los grupos dominantes, no ha logrado sobrepasar en ningún caso el nivel pre-político, inclusive en sus formas más desarrolladas, y que, normalmente, ha desarrollado formas tradicionales de percepción de los problemas.

Únicamente, pues, bajo la influencia urbana puede el campesino, según parece, elevar su conciencia social hasta un nivel relativamente moderno, racionalizante o, en todo caso, con tendencias en esa dirección.

Todo eso puede ser, y es, en general, correcto. Sin embargo, la

agitación política urbana por sí sola no puede dar cuenta cabal de la situación actual y de las tendencias que se manifiestan en el campesinado.

En primer lugar, la agitación y la influencia políticas de origen urbano no tiene, necesariamente, los efectos actuales sobre el campesinado de cualquier sociedad, o en cualquier momento. Particularmente, cuando se trata de una agitación que trata de difundir en el campesinado elementos ideológico-políticos muy modernos, de contenido revolucionario, cuyo nivel de racionalidad, aun en la forma fragmentaria en que sin duda se entrega y se difunde, solamente puede ser recogido y cobrar consecuencias como las que estamos enfrentando, por un campesinado capaz de percibir la naturaleza de los elementos que se le proporcionan, su significación y su valor en relación a su necesidades y circunstancias y, más todavía, capaz de incorporarlos parcial o totalmente a su propia percepción de la realidad, y de organizar sus actitudes y su conducta concreta de manera correspondiente.

La agitación política urbana tiene ya una larga tradición en nuestros países y, no obstante, solamente ahora obtiene resultados de las dimensiones actuales. Todo ello sugiere, obligadamente, que han sido necesarias modificaciones muy profundas en el propio campesinado, como para permitir que la influencia política de origen urbano cobre todas sus consecuencias.

Desde este punto de vista, es legítimo sostener que la aparición y desarrollo de una nueva conciencia social entre los campesinos, y el desarrollo del proceso de su constitución como un sector de intereses sociales diferenciados, son el resultado de la convergencia de la agitación y la influencia de origen urbano, y de las transformaciones sociales y psicológico-sociales en el propio campesinado. Lo uno contribuyendo a modificar y desarrollar la tradicional percepción campesina de su situación social, y lo otro permeabilizando la receptividad campesina a los nuevos modelos y elementos ideológicos dispersos que la agitación de procedencia urbana es capaz de entregar.

En segundo lugar, y en muy estrecha conexión con lo anterior, la influencia urbana no habría tenido la posibilidad de tener acceso a los campesinos, sin encontrar previamente, de un lado los elementos psicológico-sociales idóneos para ser percibidos y aceptados por el campesinado, y de otro lado, sin encontrar los canales adecuados de difusión para estos elementos, y de oportunidades para una acción más directa.

Ello significa, por lo menos, que ha sido necesario que en el nivel

urbano se elaborara y se generalizara una nueva percepción de la naturaleza de la problemática campesina; que dejara de ser tópico y patrimonio de reducidos núcleos sociales, marginales en este sentido, como ocurría en todo el periodo histórico anterior. Es decir, en concreto, ha sido necesario que se desarrollaran sectores sociales urbanos, con la posición y la capacidad de elaborar y difundir en el nivel urbano y nacional, modelos ideológicos distintos de los que enfatizaban únicamente la educación, la moralización, la “integración a la cultura nacional”, o la lisa y llana eliminación física de las poblaciones campesinas con cultura indígena, como soluciones para la problemática campesina.

A partir de ello, para que estos nuevos enfoques urbanos sobre los problemas campesinos tuvieran la posibilidad de difundirse, en una escala suficientemente masiva para tener una influencia decisiva, no se requiere menos que un sistema de comunicaciones capaz de romper el aislamiento localista de los grupos campesinos, tanto en forma de medios de comunicación masivos, como a través de grupos sociales intermedios entre la ciudad y el campo, capaces de vertir los nuevos modelos de interpretación de la situación social en maneras adecuadas para ser recibidas y percibidas como significativas por el grueso de la masa campesina, y capaz de tomar el liderazgo efectivo de la nueva conducta resultante, muy especialmente, cuando se trata de un campesinado que, en gran medida, participa de una subcultura de raíz indígena, como en toda la región andina.

En tercer lugar, si se atiende al hecho de que la etapa de la generalización de los movimientos campesinos actuales, parece haber sido, en su mayor parte, producto de la propia iniciativa y de la propia acción de los campesinos, no puede menos que llegarse a la conclusión de que, a pesar del origen y carácter urbano de la influencia inicial, el propio campesinado toma una parte muy activa en el desarrollo y la ampliación y la modificación de los modelos tradicionales de percepción de su mundo social.

En efecto, desde el momento en que la influencia urbana directa no puede estar presente en cada una de las acciones que significan la generalización del movimiento campesino, que por su número y su volumen de masas sobrepasan la capacidad organizada de los grupos políticos urbanos para estar presente en cada una de ellas, los elementos de la nueva conciencia social en desarrollo, así como las formas de organización y de los métodos de lucha, provienen también en gran parte del propio campesinado, y los propios elementos de origen urbano tienden a campesinizarse en esas condiciones, se

reinterpretan, son modificados en su función y forma concretas, a nivel de las características privativas de cada uno de los sectores campesinos que ingresan a incorporarse al movimiento por su propia cuenta. En tal sentido, este proceso de elaboración y desarrollo de una nueva conciencia de grupo, y el desarrollo del propio proceso de organización de intereses, resulta tener como agentes convergentes a la influencia urbana y al propio campesinado.

Por esas mismas razones, el proceso no puede ser ni uniforme, ni congruente, ni globalmente estructurado, y debe manifestarse en diversas formas y niveles de desarrollo en la tendencia de la politización, o de la modernización. Pero cada uno de estos niveles y variantes, tiende a conectarse con los demás, y formar un movimiento global, llegando en sus niveles más desarrollados a entrar en conexión con los movimientos político-ideológicos de más amplia escala y de más alto nivel de racionalidad.

Parece, pues, enteramente claro, que la aparición de los actuales movimientos campesinos en Latinoamérica, es un complejo fenómeno que rescata para sí la actuación de todos los complejos factores que intervienen en los procesos de cambio que han tenido lugar en el seno de nuestras sociedades, en los últimos decenios.

El lento y molecular proceso de cambio, cada vez más acelerado y global ahora, de las sociedades nacionales globales, la modernización de sus sectores urbanos, y las transformaciones sociales y psicológicas-sociales que, en estrecha interdependencia con las del nivel urbano, han ocurrido entre el campesinado, son responsables del fenómeno.³²

En el primer nivel, la transformación lenta, pero efectiva, de la estructura nacional de poder, en beneficio de los sectores burgueses recientes y de los sectores aburguesados de la clase terrateniente tradicional, como consecuencia de las modificaciones en la estructura económica, han determinado, fundamentalmente:

1. La lenta modificación de los criterios tradicionales de evaluación social que mantenían y legitimaban la estratificación social tradicional.

2. El ensanchamiento de los canales de movilidad social ascensional, y la correspondiente emergencia de una creciente clase media urbana, que comienza a ejercer una decisiva influencia en la sociedad, especialmente en la esfera política, y desarrolla una ideología de nacionalismo económico-político, pugna por la cancelación de las ideologías tradicionales, y elabora una nueva manera de enfocar el problema del campesinado.

3. La progresiva pérdida de poder económico y social de los

núcleos provincianos de la clase terrateniente tradicional. Este fenómeno es extraordinariamente neto en el caso peruano, por ejemplo, donde el proceso de deterioración del poder terrateniente se desarrolla ante el empuje creciente de una difusa pero efectiva estructura económica nueva en el campo, conducida por la ampliación paulatina de una red de mercados pequeños, y el ascenso de una vasta capa de pequeña burguesía comercial que se difunde en todos los poros de la subsociedad rural peruana.

4. El vertiginoso crecimiento de las ciudades ya existentes y la aparición de otras nuevas, a través de sucesivos aluviones migratorios desde el campo, revelando que las bases psicológico-sociales que mantenían a la población campesina lejos de la ciudad, han desaparecido o se han debilitado extraordinariamente, mucho antes de que motivaciones económicas efectivas derivadas de la industrialización urbana pudieran desarrollarse, puesto que el ritmo y las características de la industrialización real no lo permiten.

En el segundo nivel, en entrañable interdependencia con todos aquellos cambios, la población campesina tiende a modificarse social, económica y psico-socialmente. Los elementos más destacados de este proceso, sumariamente indicados, son:

1. El desarrollo de la diferenciación social del campesinado, en términos de las oportunidades que ofrece la nueva estructura económica que se desarrolla en el campo.

2. La aparición de grupos y capas sociales intermedias, de una compleja y numerosa gama, entre el campo y la ciudad, entre siervos y terratenientes, entre clase media urbana y pequeña burguesía rural, entre proletariado industrial urbano y proletariado agrícola rural.

3. En los países del área andina, la emergencia de grupos y estratos intermedios que se definen étnica y culturalmente, entre las culturas dominantes de cada sociedad, y entre sus principales subculturas, trastornando y modificando rápidamente los patrones y criterios de relación y de evaluación social.

4. La difusión rápida y creciente del proceso de urbanización, no solamente en el sentido del crecimiento de la población de las ciudades, sino en el más importante para el campesinado, de difusión de elementos de la cultura urbana, siguiendo las rutas de comunicación y de transporte, el desarrollo de las nuevas actividades insertas en la nueva estructura económica que se difunde por el campo, como el pequeño comercio, y a través de efectivos medios de comunicación de masas como el radio portátil, de tan grande difusión e influencia ahora.

5. El flujo y reflujo migratorio que caracteriza la historia latinoamericana de los últimos veinte años, y especialmente de los últimos diez, que fortalece el proceso de urbanización del campo, altera la composición social y cultural campesina, y actúa como un efectivo agente de difusión de nuevos valores y modelos de interpretación del mundo social campesino.

Esta enumeración no tiene, en absoluto, una pretensión agotadora y trata únicamente de poner de relieve, de manera esquemática, algunos de los mayores fenómenos de cambio que pueden ser más directamente vinculados a la emergencia de los movimientos campesinos contemporáneos de Latinoamérica.

Es, en verdad, todo este complejo conjunto de procesos de cambio, que conduce, de una parte, a la ampliación y a la modificación de los modelos, canales y formas de agitación, que va de la ciudad al campo, y da cuenta de la creciente receptividad campesina a esta influencia y de su capacidad de participación en formas radicalmente nuevas de conducta y de organización social.

La agitación proviene, básicamente, de los sectores recientes y radicalizados de la clase media urbana en erupción. La difusión de los contenidos de la agitación, es la obra de todos los sectores sociales y culturales intermedios que se diferencian rápidamente en la masa campesina.

Todo ello, permite también explicar en buena medida, por qué el fenómeno de movilización y de politización del campesinado, no ocurre en todas las sociedades nacionales de Latinoamérica, donde existe una vasta masa de población campesina sujeta al imperturbable dominio de una clase terrateniente tradicional, viviendo en condiciones materiales extremadamente malas, y sometida al mismo proceso de explosión demográfica general, y de deterioro de los niveles de vida rural. Asimismo, por qué tampoco se produce en otros países donde la urbanización y el acercamiento entre el campo y la ciudad están relativamente avanzados.

Los factores enumerados parecen configurar un contexto con dos condiciones importantes: un grado intermedio de modernización de la sociedad, por cuyo hecho su campesinado no ha sido aún liberado de relaciones de producción y de relaciones sociales tradicionales, pero ha sido preparado para rechazarlas, y un contexto político de progresivo acercamiento a los modelos de la democracia burguesa, apto para hacer concesiones y no únicamente represivo.

Así podría explicarse por qué: a) países que han superado la etapa intermedia de modernización, en relación a los demás países de la región, como Argentina, Uruguay y Chile, típicamente, no

obstante su alto grado de urbanización no han producido proceso de clase en su campesinado. Los sucesos recientes en el campo chileno no parece que irán más lejos, y su ocurrencia enseña que Chile es aún el más moderno de los países con sociedad tradicional en Latinoamérica, pero el más tradicional entre los modernos de la región; b) países con un grado apreciable de acercamiento campo-ciudad, explosión demográfica y campesinado con bajos niveles de vida, como varios de los centroamericanos, no han producido movimientos campesinos con tendencias revolucionarias, en parte, probablemente, porque un amplio sector del campesinado está incorporado a un capitalismo agrícola moderno en las plantaciones, como proletariado rural, y, de modo equivalente a otros países, los sindicatos rurales existen como parte del sistema. En el resto del campesinado predominan los pequeños y medianos propietarios, y las presiones de un tipo de latifundismo tradicional son, comparativamente, menores que en otros países; así ocurre en Nicaragua, Honduras, Costa Rica, Panamá. En Guatemala, donde las condiciones son muy diferentes, la situación puede asimilarse a la de sociedades tradicionales como el Ecuador. Probablemente, también, el débil desarrollo de la democracia política, o su total ausencia en algunos países, han operado negativamente sobre las posibilidades del desarrollo de tendencias de clase entre la masa del campesinado; c) países con alta tasa de crecimiento demográfico, y bajos niveles de vida rural, pero con aislamientos campo-ciudad, marco social tradicional y campesinado predominantemente homogéneo, como Ecuador y equivalentes, tampoco producen este proceso.

El fenómeno es, pues, característico de sociedades en un estadio intermedio de modernización, con un contexto político de tendencia democrática y un campesinado diferenciado internamente, cuya psicología social tiende a modernizarse bajo la influencia urbana, pero que participa o participaba de relaciones económico-sociales aún bastante tradicionales, en el sentido del capitalismo moderno: Brasil, Colombia, Bolivia, Perú. Venezuela no tiene una población campesina muy densa en situación social equivalente.

4. REFLEXIONES SOBRE LAS PERSPECTIVAS DEL MOVIMIENTO CAMPESINO

Cualquier postulación acerca del futuro de estos movimientos es todavía demasiado aventurosa, frente a la enmarañada escena político-social que se va desplegando en Latinoamérica, y cuyas perspectivas globales no se perciben hasta ahora con claridad. La experiencia hasta aquí no indica, necesariamente, que las tendencias

antes observadas prevalecerán, o que llenarán la misma función y tendrán el mismo significado en un contexto histórico largamente diferente. No obstante, vale la pena reflexionar sobre ello, con el objeto de disponer de algún marco de enfoque relativamente organizado, que permita seguir el desenvolvimiento del fenómeno, siempre que no se pierda de vista su total provisoriedad y no se trate de convertirlo en un esquema rígido que se sobreponga a la visión de la realidad.

Las experiencias históricas anteriores, en las cuales el campesinado emergió como una fuerza decisiva en la lucha por el poder político global de la sociedad, de las cuales la mexicana es el mayor ejemplo, muestran plenamente que al borde mismo del poder, el campesinado fue tempranamente eliminado como fuerza política importante y que su proceso de agrupación se diluyó en la atomización subsiguiente a la cancelación de la tradicional estructura de poder en el campo y el surgimiento de una burguesía dueña del poder nacional.

Desde otro punto de vista, las propias características del complejo proceso global de cambio de la sociedad, que dan lugar a las actuales movilizaciones campesinas, con sus tendencias de politización, de agrupación del campesinado como un sector específico de intereses sociales, que ingresa como tal a participar en el cuadro de los conflictos sociales, hacen pensar también que las posibilidades, a largo plazo, de consolidación de estas tendencias no son, en realidad, muchas.

En primer término, la aparición de las tendencias actuales en el seno de la población campesina de ciertos países es, como se ha visto, en buena parte, el resultado de la progresiva liquidación del aislamiento campesino. De allí se deriva que el desarrollo de una nueva conciencia social a través de los movimientos campesinos, se produzca bajo la influencia y, más aún, bajo el liderazgo de elementos de directa procedencia urbana, o de elementos campesinos expuestos a esta influencia. Ello podría significar, como ya de hecho significa en todos los casos que hemos examinado, que los rasgos típicamente campesinos en estos movimientos sólo podrían permanecer a lo largo de un periodo relativamente corto —históricamente considerado— mientras las condiciones de la lucha por el poder político que llevan a cabo los actuales movimientos revolucionarios, sean centralizadas en el campo. Pero que, a medida que el proceso avance, el contenido urbano de la lucha será más y más decisivo, y el campesinado quedará reducido a ser un factor de apoyo sin una participación en el liderazgo y en el moldeamiento de la lucha.

A ello contribuye un factor cuya importancia se ha verificado en las últimas revoluciones, la condición abstracta y racionalista de los esquemas que manejan los movimientos revolucionarios, su tendencia industrialista y urbanista del desarrollo económico, que son todos elementos que llevan a una dirección radicalmente opuesta a la que podría ser determinada si la revolución fuera llevada a cabo por el campesinado como tal, por su propia cuenta y en nombre no solamente de sus más inmediatos intereses económico-sociales, sino en nombre de su particular percepción del universo y de la historia, sobre todo en las regiones donde la cultura indígena tiene aún una densidad y una vitalidad probadas.

Es decir, al mismo tiempo que el contenido ideológico general de los movimientos a los cuales está ligado el campesinado, tiene una definición urbana, el propio campesinado está siendo constantemente trabajado por las mismas fuerzas sociales, su actitud y su conducta actuales son empujadas por aquellas, y aparece, de esa manera, como cogido entre dos fuegos. De allí, en consecuencia, que sea más viable hasta aquí la dilución del proceso de desarrollo de una conciencia social genuinamente campesina, en el curso de la lucha política, a medida que ésta se resuelva en una perspectiva revolucionaria urbana, o que, sin ella, las más concretas e inmediatas reivindicaciones campesinas puedan ser satisfechas en la modernización de las mismas estructuras actuales.

Esto último podría ser bastante bien ilustrado por el ejemplo boliviano reciente. Aquí, el gobierno surgido de la revolución de 1952, no tuvo otra alternativa que legalizar las conquistas logradas por el campesinado, al amparo de la coyuntura revolucionaria, y tratar de reglamentar y canalizar bajo su dirección la fase final del proceso. Pero, precisamente sobre esta base, el gobierno tuvo la posibilidad de conseguir la división entre las milicias obreras conducidas por revolucionarios de extrema izquierda, y las milicias y sindicatos campesinos en su mayor parte, y de obtener el apoyo de éstos contra todo intento de profundización de la revolución.

Esta experiencia boliviana sugiere, en consecuencia, que bajo ciertas condiciones, una parcial y momentánea satisfacción de las más inmediatas demandas campesinas, que son sin duda el más poderoso factor de motivación para la gran masa, podría tener un éxito importante en reducir la amplitud y la conflictividad del movimiento campesino, y más todavía, la utilización de las organizaciones surgidas en la lucha campesina, contra más amplias y más profundas transformaciones revolucionarias de la sociedad.

Es importante, sin embargo, insistir en que cada una de estas experiencias, se enmarcan en situaciones histórico-sociales que difícilmente podrían repetirse en los países donde existe ahora un vigoroso movimiento campesino, y en la misma Bolivia la modificación de la situación política general podría abrir un nuevo cauce al movimiento campesino. En estos países, la naturaleza estructural de la situación global, la naturaleza ideológica de los movimientos que pugnan por una revolución genuina, tienen un signo radicalmente diferente del que comandó las revoluciones mexicana y boliviana.

La experiencia cubana, como las experiencias china e indochina, de otra parte, muestran con toda claridad que, bajo una dirección revolucionaria ideológicamente muy coherente, o bajo circunstancias globales que no permiten ninguna otra salida efectiva que la profundización de la revolución iniciada para otros efectos, el campesinado puede convertirse en el más genuino aliado y en el más vigoroso sostén de una revolución profunda y total.

De todos modos, lo que parece claro, es que la suerte futura de los actuales movimientos campesinos depende enteramente de la suerte que corra la sociedad en su conjunto y que, por sus propios medios, no son capaces de tentar una modificación de la situación global, y difícilmente hacer valer sus intereses a corto plazo.

Desde esta posición, por lo tanto, es posible sostener que el proceso de agrupación del campesinado, con todas sus implicaciones, no parece tener la posibilidad histórica de alcanzar su pleno desenvolvimiento. Eso, no obstante, no significa en manera alguna que, hasta tanto las circunstancias histórico-sociales no se modifiquen profundamente, en uno u otro sentido, la diferenciación y organización de intereses deje de ser la más pronunciada tendencia del campesinado.

Los actuales proyectos oficiales de reforma agraria en todos los países latinoamericanos, conducen únicamente a la liquidación de un cierto sector de la propiedad latifundista y de la clase derivada de ella, la formación de una capa relativamente amplia de pequeña y mediana burguesía rural, y la proletarianización del resto del campesinado, a lo largo de un lento y duradero proceso. Una solución así puede ser, quizás, todavía viable en algunos países y permitir una alternativa exitosa por un periodo más o menos considerable. En la mayor parte de los países en que existen movimientos campesinos organizados y politizados en vinculación con la lucha revolucionaria mayor, una tal solución no parece igualmente viable y, en verdad, la modificación de la situación en el campo, para constituir una solución efectiva y estable, no parece tener otro

camino que la de una revolución político-social más profunda.

Si eso es cierto, las perspectivas de los movimientos campesinos actuales, podrían ser su ampliación y su fortalecimiento en el próximo futuro, y su aún más intensa y destacada participación, como un efectivo sostén social, en la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad.

¹ El término "campesinado", en este trabajo se refiere a la población de las áreas rurales que pertenece a las capas económica y socialmente dominadas, cualquiera que sea su rol específico: jornaleros, colonos, minifundarios, pequeños comerciantes, artesanos, estudiantes, etcétera, dentro de estos límites.

² El concepto de "movimiento social" usado aquí, se refiere a la tendencia de un sector determinado de la población de una sociedad, a presionar sobre algún o algunos aspectos de la estructura de la sociedad, con la finalidad de cambiarlos en algún sentido, de manera deliberada. Sobre los "movimientos sociales" como mecanismos y fuentes de cambio social, véase Jerome Davis: *Contemporary Social Movements*, New York, 1930.

³ La noción de "ideología" tiene aquí un uso más bien elástico, y se refiere tanto a sistemas racionalizados de ideas acerca de una realidad social, como a modelos inestructurados de interpretación de la situación social, fundados en valores y actitudes no necesariamente explícitos ni conscientes. En este último sentido, principalmente, puede hablarse de "ideologías" campesinas.

⁴ Esta caracterización del "bandolerismo social" sigue la proporcionada por Hobsbawn Eric J. en *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries*, Manchester University Press, 1959, p. 5.

⁵ Eric J. Hobsbawn, *op. cit.*

⁶ Véase Norman Cohn *The Search for the Millenium*, London, 1957.

⁷ Sobre el mayor movimiento mesiánico, ocurrido en Brasil en el siglo XIX véase el magistral relato de Euclides Da Cunha, *Os Sertoes*, 17ª ed. corr. Librería Francisco Alves, Río de Janeiro, 1944.

Sobre un movimiento racista en el Perú, a fines del siglo XIX, véase Ernesto Reyna *El Amauta Atusparia*, Lima 1932.

Sobre el bandolerismo campesino, la única fuente accesible es la literatura narrativa. Véase, principalmente, Ciro Alegría *El mundo es ancho y ajeno* (cap. El Fiero Vásquez); Rómulo Gallegos: *Cantaclaro*; Enrique López Albújar, *Cuentos Andinos*, (Lima 1920) y *Nuevos Cuentos Andinos* (Santiago, 1937). En la poesía épica, el *Martín Fierro* de José Hernández (Argentina) presenta un característico ejemplo.

Sobre el agrarismo pre-político, la narrativa social sigue siendo también la más rica fuente. Referencias sobre los movimientos indígenas en el sur del Perú, en esa época, pueden verse también en Raúl Galdo Pagaza, *El Indígena y el Mestizo en Vilquechico*, Ministerio de Trabajo, Serie Monográfica núm. 3 (Mimeo), Lima, 1962.

⁸ Acerca del agrarismo reformista tradicional en Venezuela, véase John Powell *Preliminary Report on the Federación Campesina de Venezuela. Origins, Leadership and the Role in the Agrarian Reform Programme*, Land Tenure Center, Wisconsin, 1964.

Sobre Bolivia, véase principalmente Richard Patch, *Bolivia; United State's Assistance in a revolutionary setting* en Gillin *et. al.*, *Social chart Latin America today*, Vintage Books, New York, 1961. También Leonard, Olen: *Bolivia: Land, People and Institutions*, Washington, D. C., Scarecrow Press, 1952.

Sobre Chile, principalmente Gerrit Huizer, *Peasant Union, Community Development and Land Reform in Chile* (mecanog.) Santiago, Chile, abril 1966; Orlando Caputto *Las organizaciones campesinas* (tesis no publicada), Universidad de Chile, 1965; Henry Landsberger y Fernando Canitrot, *Iglesia, Clase media y el Movimiento*

Sindical Campesino (Mimeo.), Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Económicas, Insora, Santiago; H. Landsberger, *Obstáculos en el camino de un movimiento sindical agrícola*, en Memorias del VII Congreso Latinoamericano de Sociología, Bogotá, 1965, vol 1, pp. 386 y ss.

Sobre Colombia, G. Huizer *Peasant Organizations, Community Development and Agrarian Reform* (mecanog.) Santiago 1966. (Contiene referencias a movimientos de otros países).

Sobre Brasil, existe una nutrida bibliografía reciente. Principalmente: Robert Price, *Rural Unionization in Brazil*, Land Tenure Center, 1964; Balden Paulson, *Local Political Patterns in Northeast Brazil*, L.T.C., 1964; Diana Doumulin, *Rural Labor Movement in Brazil*, L.T.C., 1964; Marie Willkie, *A Report on Rural Syndicats in Pernambuco*, CLAPCS, Río de Janeiro, 1964 (Mimeo).

⁹ Las "comunidades indígenas" del Perú han sido objeto de más de veinte años de estudio. Una bibliografía comprensiva, puede verse en Henry Dobyns, *The Social Matrix of Peruvian Indigenous Communities*, (Mimeo) Cornell Univ. Ithaca, 1964. Sobre su participación en el actual movimiento campesino peruano, véase Anibal Quijano *El movimiento campesino del Perú y sus líderes* en América Latina, Año VIII, núm. 4, octubre-diciembre 1965.

¹⁰ Sobre la organización de las "ligas camponesas" véase Francisco Juliao *Que sao as Ligas Camponesas*, Río de Janeiro, Ed. Civilizaçao Brasileira, 1962. Francisco Juliao *Campesinos a mil*, Cia. Argentina de Editores, Buenos Aires, 1963, particularmente la historia de la formación de las ligas, p. 52 y ss. También B. Paulson *Difficulties and Prospects for Community Development in Northeast Brazil*, L.T.C., 1964, p. 42.

¹¹ Sobre los sindicatos campesinos organizados por Hugo Blanco, véase Adolfo Gilly *Los sindicatos guerrilleros del Perú*, en *Marcha*, Montevideo, septiembre de 1963. Luis de la Puente Uceda *Revolución Peruana*, en *Monthly Review*, octubre-noviembre 1965; Hugo Neyra *Cuzco, tierra y muerte*, Lima, 1963; A. Quijano, *op. cit.* (particularmente la distinción entre el sindicato urbano o rural tradicional, y el sindicato campesino actual); R. Patch *The indian emergency in Cuzco*, A.S.F.S. Letter, Nov. 14, 1958; CIDA: Informe sobre *Tenencia de la Tierra en el Perú*, 1965.

^{11a} Sobre El Salvador, véase Daniel James *Red Design for the Americas*, New York, 1954.

¹² Sobre el agrarismo revolucionario y las milicias campesinas bolivianas, véase R. Patch, *op. cit.* Sobre los sindicatos campesinos de Bolivia, Jehan Vellard, *Civilisations des Andes*, Gallimard, Paris, 1963, pp. 224 y ss; Dwight Heath, *Agrarian Reform and Social Revolution*, (mimeo.) febrero 1963; Marie Willkie *Report on Bolivia: on the social structure of rural areas*, La Paz, 1964.

¹³ Sobre el agrarismo revolucionario en el Perú, Neyra, *op. cit.*; Gilly *op. cit.* De la Puente, *op. cit.*; A. Quijano, *op. cit.* y Hugo Blanco, *Tierra o muerte, venceremos*, Lima, 1964.

Sobre las "repúblicas rojas", véase A. Gilly *Guerrillas y Repúblicas Campesinas en Colombia*, *Monthly Review*, Dic., 1965.

Sobre Viotá, véase José Gutiérrez *La Rebeldía colombiana*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, p. 86.

Sobre agrarismo revolucionario en las "ligas camponesas" y la conducta diferente de los sindicatos rurales, véase B. Paulson *Difficulties and Prospects...*, *op. cit.*: "It is difficult to understand the orientation of the Leagues, but basically they want change in the *land tenure and political structure* so the mass on the land is more favored" (subrayado de A. Quijano), pp. 42-43. También Lida Barreto Juliao, *Nordeste, Revolução*, Ed. Civilizaçao Brasileira, Río de Janeiro, 1963.

¹⁴ Sobre las demandas de las milicias campesinas bolivianas, de participación en el Parlamento, como condición de apoyo al Frente Nacional, se trata de un informe verbal de un economista boliviano trabajando con la Reforma Agraria.

¹⁵ Havens y Lipman afirman que "comenzó como una deliberada maniobra política para intimidar y destruir a la oposición, pero ganó tan rápido momentum que

escapó pronto a todo control en muchas áreas del país", Havens y Lipman, *The Colombian Violence. An ex-post facto experiment*, L. T. C., mayo 1965, p. 1

¹⁶ Acerca de los orígenes de la "violencia", véase principalmente Guzmán, Fals-Borda y Umaña, *La violencia en Colombia*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1962, T. I.

¹⁷ Guzmán-Fals-Umaña, *op. cit.*, especialmente pp. 287 y ss.; también Gutiérrez Anzola, Jorge, *Violencia y justicia*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1962.

¹⁸ Sobre sistemas de organización, liderazgo e ideología en el movimiento colombiano, Guzmán, Fals-Borda, Umaña, *op. cit.*, T. 11, particularmente: *Normas propias y actitudes del conflicto*, de Eduardo Umaña, pp. 55-202, que contienen abundante documentación. También Gilly, *Guerrillas y Repúblicas Campesinas en Colombia*, que trae una esclarecedora cita de Camilo Torres sobre la organización del movimiento guerrillero.

¹⁹ El autor escuchó un relato personal del novelista peruano José María Arguedas, sobre la organización de un mitin campesino en un pueblo del Cuzco, en 1941 para recibir al entonces Presidente Prado, bajo la dirección del P. C. P. Concurrieron más de 20,000 indígenas, uno de los cuales pronunció un hermoso discurso en quechua que no fue traducido a Prado, y cuyo texto guarda el novelista. En 1963, en un pueblo campesino del Cuzco, el autor escuchó a un indio viejo, cantando en la embriaguez:

"Viva Juan Barrios

Por Juan Barrios doy la vida"

El aludido fue un agitador comunista profesional en el campo del sur peruano, durante la Segunda Guerra.

²⁰ Véase, Resoluciones del Congreso de Pulacayo, La Paz, Bolivia, 1948. Para una visión revolucionaria de la situación boliviana anterior a la Revolución, véase el interesante ensayo de Ernesto Ayala Mercado, *La "realidad" boliviana*, Cochabamba, Bolivia, 1950.

²¹ Datos biográficos abundantes sobre Juliaio, pueden encontrarse en F. Juliaio *Campesinos a mí!*, Buenos Aires, 1963. A pesar de que Juliaio aparece como autor en la portada del libro, se trata de un texto escrito por un argentino anónimo, a excepción de dos "Cartas a los campesinos" de Juliaio.

²² Sobre sindicalismo rural brasileño, a este respecto, véase Willkie, *op. cit.*, p. 15; B. Paulson, *op. cit.*, p. 43; Diana Deumulin, *op. cit.*; Benno Galjart *Class and "Following" in Rural Brazil*, América Latina, año 7, núm. 3, julio-septiembre 1964.

²³ John Strassma, *El financiamiento de la Reforma Agraria en el Perú*, Trimestre Económico, vol xxxii, núm. 127, julio-septiembre 1965, pp. 484-500. Véase nota de pie de página, calculando en alrededor de 50,000 hectáreas la tierra retenida después de la represión.

²⁴ Sobre liderazgo campesino peruano, Quijano, *op. cit.*, y del mismo autor *La emergencia del grupo cholo y sus implicaciones en la sociedad peruana*, (mimeo.), Lima, 1964.

²⁵ Sobre liderazgo campesino en el Brasil, véase Geraldo Semenzato, *Itabuna, Bahia* (mecnog.) Instituto de Ciencias Sociais, Universidad de Bahia, pp. 9 y ss. Mario Alfonso Carneiro, *Sape. Paraíba* (mecnog.) SPLAN, pp. 9 y ss.; Benno Galjart, *op. cit.*

²⁶ En el movimiento campesino de la sierra central del Perú, especialmente entre las "comunidades indígenas" del Departamento de Junín, el liderazgo está constituido por el sector no-agrícola del campesinado, sobre todo en los altos niveles de las organizaciones regionales, y un buen número de ellos erige un caciquismo que sirve de base a su propio "progreso" económico-social y a su carrera política. Sobre liderazgo con base principalmente indígena, véase A. Quijano *El movimiento campesino peruano* ya citado.

²⁷ Durante la invasión a las tierras de la Hacienda Paramonga, de propiedad de Grace y Cía., el liderazgo formal de la comunidad invasora, Pararín, fue casi totalmente desplazado por un grupo de jóvenes que dirigieron las acciones, y se convirtieron luego en el liderazgo efectivo, aunque no formal, de la comunidad, según consta en versión grabada del relato de los sucesos por dos de los líderes informales,

que fue tomada por los profesores Edmundo Murrugarra y C. Benavides, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Agraria del Perú.

²⁸ Bolivia y Colombia, muestran los más acusados rasgos de caudillismo o caciquismo local del liderazgo campesino. Las "repúblicas campesinas" de Colombia muestran parte de ese fenómeno.

²⁹ K. Marx *Guerra de clases en Francia*, y *El 18 Brumario de Luis Napoleón*. Véase también sobre las limitaciones de la conciencia social campesina, F. Engels *Guerras de Campesinos en Alemania*.

³⁰ Benno Galjart *Class and "following" in rural Brazil*, América Latina, año 7, núm. 3, julio-septiembre 1964, pp. 3 y ss.

Véase también una réplica a Galjart de Gerrit Huizer *Some notes on Community Development and Rural Social Research*, y una contraréplica de Galjart *A further note on "followings": Reply to Huizar*. Ambos en América Latina, año 8, núm. 3, julio-septiembre 1965, pp. 128 y 145, respectivamente.

³¹ Sobre los movimientos campesinos en Guatemala, a partir de la revolución de 1944, hay una profusa bibliografía. Véase, sobre todo, Adams, R.: *Political changes in Guatemala Indian Community*. New Orleans, 1957, y la serie de estudios que trae. Newbold, Stokes, *Receptivity to Communist Fomented Agitation in Rural Guatemala*. Economic Development and Cultural Change, V. Julio 1957, pp. 338-361. Leo Suslov, *Aspects of Social Reforms in Guatemala*, Hamilton, New York, 1949. Nathan Whetten *Guatemala, the land and the people*, New Haven, Yale University Press, 1961.

³² Sobre los cambios económico-sociales, vinculados al desarrollo del movimiento campesino, véase principalmente Wagley, Charles *The Brazilian Revolution*, en *Social Change in Latin America today* (1960), y del mismo, sobre los cambios en el campesinado *The Peasants*, en *Continuity and Change in Latin America*. John Johnson, Ed. Stanford, 1964. También sobre Brasil, puede verse Manuel Diéguez Junior *Mudanças Sociais no meio rural latinoamericano*, América Latina 6, 1963.

Sobre el Perú, principalmente, Henry Dobyns, *op. cit.*; William Mangin *The Development of Highland Communities in Latin America*, trabajo presentado a la Conferencia del año latinoamericano de la Universidad de Cornell, marzo 1965 (mimeo.), y los comentarios de Dwight Heath sobre ese texto, en la misma conferencia; Aníbal Quijano *La emergencia del cholo en el Perú*, Lima, 1964.

Sobre Bolivia, Patch, *op. cit.*; Ayala Mercado, *op. cit.*

Sobre el acercamiento urbano-rural, Marshall Wolfe *Recent changes in urban and rural settlement patterns in Latin America: some implications for social organizations and development*, CEPAL, División de Asuntos Sociales, 1966. De Everett Hagen véase *The transition in Colombia*, en *On the theory of social change*, The Dorsey Press, Illinois, 1962. Orlando Fals-Borda, *Peasant society in the Colombian Andes*, Gainesville, University of Florida Press, 1955. Del mismo autor *Facts and theory of socio-cultural change in a rural social system*, Monografías sociológicas, núm. 2, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Sociología, 2a. ed., 1962.

Acerc de las modificaciones en la composición socio-económica y cultural del campesinado latinoamericano y la creciente cercanía urbano-rural, dentro de un enfoque muy cercano al usado en este trabajo, véase de Andrew Pearse, *Agrarian Change Trends in Latin America*, ICIRA, Santiago 1966 (mimeo.).